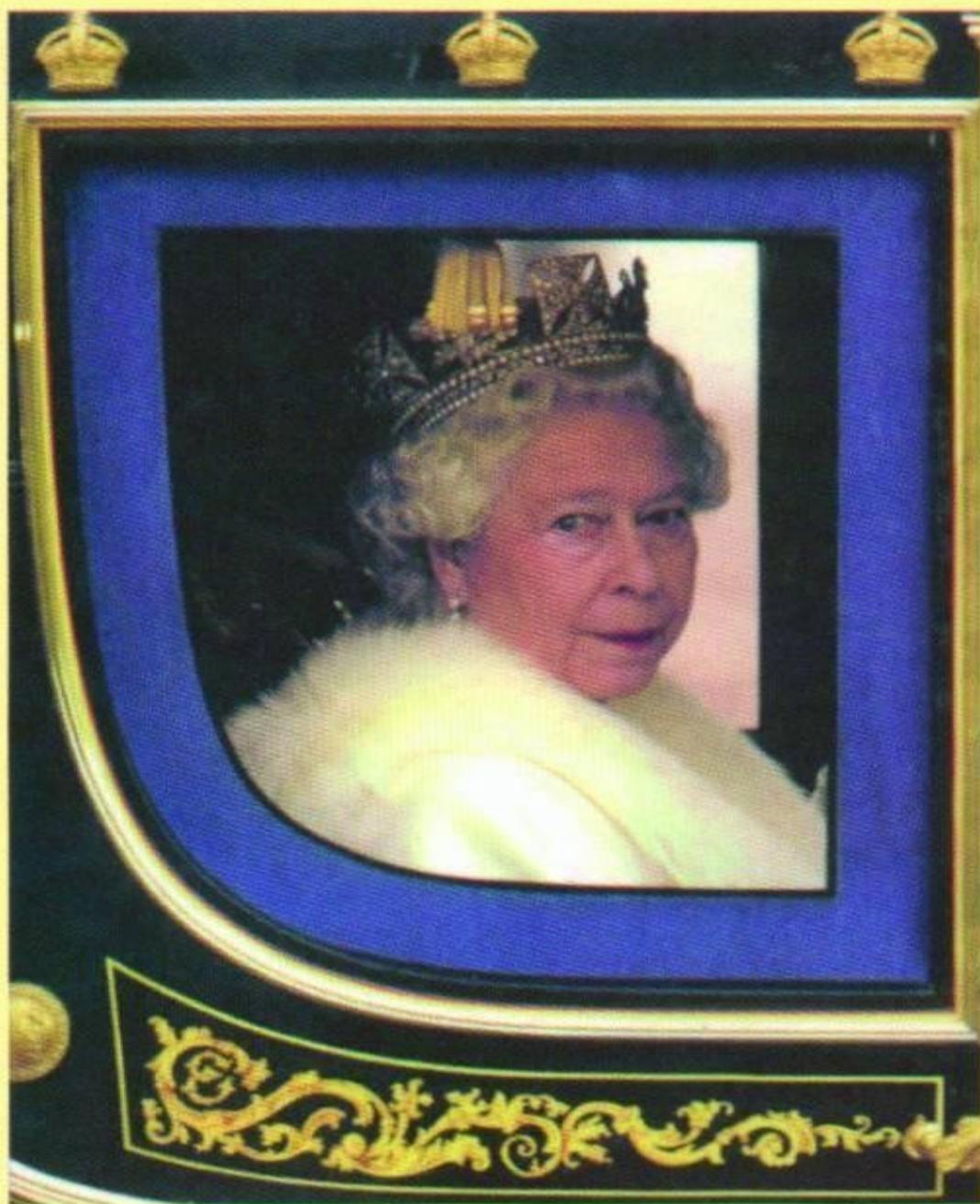


ALAN BENNETT

*Una lectora
nada común*



Lectulandia

Si sus perros hubieran respondido a su llamada, la reina no habría descubierto el vehículo de la biblioteca móvil del ayuntamiento aparcado junto a las puertas de las cocinas del palacio. Y no habría conocido a Norman, el joven pinche de cocina que estaba leyendo un libro de Cecil Beaton e iba a constituirse en su peculiar asesor literario. Pero ya que estaba allí, la reina decide llevarse un libro. ¿Y qué puede interesar a alguien cuyo único oficio es mostrarse interesada? Isabel II de Inglaterra descubre en los estantes de la biblioteca el nombre de una escritora que conoce, Ivy Compton-Burnett. Y de ella a Proust. Y de Proust a Genet, cuya sola mención hará temblar al presidente de Francia, sólo median algunos libros. Así, azarosamente, ella, que hasta entonces sólo había sido un lugar vacío ocupado por una fuerte idea del «deber», descubrirá el vértigo de la lectura, del ser, del placer.

Lectulandia

Alan Bennett

Una lectora poco común

ePUB v1.0

Mezki 01.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The uncommon reader*
Alan Bennett, 8 de marzo de 2007.
Traducción: Jaime Zulaika Goicoechea

Editor original: Mezki
ePub base v2.0

Era la noche del banquete oficial en Windsor y cuando el presidente de Francia ocupó su puesto junto a Su Majestad, la familia real formó en fila detrás de ellos, la procesión se puso en marcha lentamente y entró en la Waterloo Chamber.

—Ahora que le tengo para mí sola —dijo la reina, sonriendo a derecha e izquierda según pasaban entre la multitud relumbrante—, me moría de ganas de preguntarle por el escritor Jean Genet.

—Ah —dijo el presidente—. *Oui*.

La Marsellesa y el himno nacional impusieron una pausa, pero cuando hubieron ocupado sus asientos, Su Majestad se volvió hacia el presidente y prosiguió.

—Homosexual y presidiario, ¿era, sin embargo, tan malo como lo pintan? O, más al grano —dijo, y empuñó la cuchara de la sopa—, ¿era tan bueno?

Poco informado acerca del glabro dramaturgo y novelista, el presidente miró ávidamente alrededor en busca de su ministra de Cultura. Pero ella estaba hablando con el arzobispo de Canterbury.

—Jean Genet —repitió la reina, esperanzada—. *Vous le connaissez?*

—*Bien sûr*— dijo el presidente.

—*Il m'intéresse* —dijo la reina.

—*Vraiment?*

El presidente posó la cuchara. La velada iba a ser larga.

Fue por culpa de los perros. Eran unos esnobs y, de ordinario, después de haber estado en el jardín subían los escalones delanteros, donde un lacayo les abría la puerta.

Pero aquel día, por algún motivo, pasaron como una exhalación por la terraza, ladrando como locos, bajaron otra vez los escalones y rodearon el extremo de la terraza, a lo largo del costado de la casa, donde ella les oyó ladrar a algo en uno de los patios.

Era la biblioteca ambulante del municipio de Westminster, una camioneta grande como un camión de mudanzas, aparcada junto a los cubos de basura, delante de una de las puertas de la cocina. No era una parte de palacio que ella visitase a menudo, y desde luego nunca había visto estacionada allí la biblioteca, y probablemente tampoco los perros, y de ahí el alboroto, y como no logró calmarlos subió la escalerilla de la camioneta para disculparse.

El conductor estaba sentado de espaldas y pegaba una etiqueta en un libro, y el único usuario aparente era un chico delgado y pelirrojo, con un mono blanco, que leía acuclillado en el pasillo. Como ninguno de los dos se percató de su presencia, ella tosió y dijo:

—Lamento este tremendo escándalo.

No bien lo hubo dicho, el conductor se levantó de golpe y se estampó la cabeza contra la sección de Diccionarios, y el chico del pasillo se puso de pie tan deprisa que

volcó Fotografía y Moda.

Ella asomó la cabeza por la puerta.

—Callaos ahora mismo, animales idiotas.

Lo cual, como había sido la intención de este gesto, dio al conductor-bibliotecario tiempo para recobrar la compostura y al chico para recoger los libros.

—Es la primera vez que le vemos por aquí, señor...

—Hutchings, Majestad. Todos los miércoles, señora.

—¿De verdad? No lo sabía. ¿Viene de lejos?

—Sólo de Westminster, señora.

—¿Y tú eres...?

—Norman, señora Seakins.

—¿Y dónde trabajas?

—En la cocina, señora.

—Oh. ¿Tienes mucho tiempo para leer?

—No mucho, señora.

—Yo tampoco. Aunque ya que estoy aquí supongo que tendré que pedir prestado un libro.

El señor Hutchings sonrió, servicial.

—¿Me recomendaría alguno?

—¿Qué le gusta a Su Majestad?

La reina vaciló, pues a decir verdad no estaba segura. Nunca le había interesado mucho la lectura. Leía, por supuesto, como todo el mundo, pero el gusto por los libros era algo que dejaba a los demás. Era un hobby, y la naturaleza de su trabajo entrañaba no tener hobbies. El jogging, cultivar rosas, el ajedrez o escalar, el aeromodelismo y decorar tartas. No. Las aficiones suponían preferencias y había que evitar las preferencias: excluían a gente. No tenía preferencias. Su trabajo consistía en mostrar interés, pero no en interesarse. Y además leer no era hacer algo. Ella hacía cosas. Así que paseó la mirada por la camioneta tapizada de libros y trató de ganar tiempo.

—¿Se puede pedir un libro sin ticket?

—No hay problema —dijo el señor Hutchings.

—Somos pensionistas —dijo la reina, sin estar segura de que eso cambiase algo.

—Señora, puede llevarse hasta seis libros prestados.

—¿Seis? ¡Santo cielo!

Entretanto el jovencito pelirrojo había elegido un libro y se lo había dado al bibliotecario para que le pusiera un sello. Todavía intentando ganar tiempo, la reina lo cogió.

—¿Qué has escogido, Seakins? —dijo, esperando que fuera..., bueno, no sabía lo que esperaba, pero no era aquello—. Oh, Cecil Beatón. ¿Le conoces?

—No, señora.

—No, claro que no. Eres demasiado joven. Siempre andaba por aquí, sacando fotos. Y era un poco cascarrabias. Ponte aquí, ponte allá. Clic, clic. ¿Y ahora hay un libro sobre él?

—Varios, señora.

—¿De verdad? Me figuro que tarde o temprano escriben sobre todo el mundo. Hojeó el ejemplar.

—Seguramente en alguna página habrá una foto mía. Oh, sí. Esta. Por supuesto, no sólo era fotógrafo. También hacía escenografías. *Oklahoma*, cosas así.

—Creo que fue *My Fair Lady*, señora.

—¿Ah, sí? —dijo la reina, que no estaba acostumbrada a que la contradijeran—. ¿Dónde has dicho que trabajabas?

Depositó el libro en las manazas rojas del chico.

—En la cocina, señora.

Ella aún no había resuelto su problema, porque sabía que si se marchaba con las manos vacías el señor Hutchings pensaría que la biblioteca era algo deficiente. Entonces, en un estante de volúmenes de aspecto bastante raído, vio un nombre que recordaba.

—¡Ivy Compton-Burnett! Puedo leer esto.

Sacó el libro y se lo dio al señor Hutchings para que lo sellara.

—¡Qué delicia! —Abrazó el libro, con un ademán poco convincente, antes de abrirlo—. Oh, la última vez que lo pidieron fue en 1989.

—No es una autora popular, señora.

—Vaya, me sorprende. Yo la hice Dame.

El señor Hutchings se abstuvo de decir que aquél no era necesariamente el camino para llegar al corazón del público.

La reina miró la foto en la contracubierta.

—Sí, recuerdo aquel pelo, era como la corteza de una empanada alrededor de la cabeza. —Sonrió y el señor Hutchings supo que la visita había concluido—. Adiós.

El bibliotecario inclinó la cabeza, como le habían dicho que debía hacer si alguna vez surgía la eventualidad, y la reina se fue en dirección al jardín, mientras los perros ladraban otra vez salvajemente. Norman, con su Cecil Beatón, sorteó a un cocinero que estaba fumando un cigarro junto a los cubos de basura y volvió a las cocinas.

Al cerrar la camioneta y arrancar, el señor Hutchings reflexionó que leer una novela de Ivy Compton-Burnett exigía su tiempo. Él nunca había llegado muy lejos en sus obras y pensó, con razón, que pedir prestado el libro había sido más bien un gesto, una gentileza que él agradecía. El ayuntamiento siempre estaba amenazando con recortes en el presupuesto de la biblioteca y el patrocinio de tan ilustre usuaria (o cliente, como prefería decir el cabildo) no sería nada perjudicial.

—Tenemos una biblioteca ambulante —le dijo aquella noche la reina a su marido —. Viene todos los miércoles.

—Estupendo. Los prodigios no cesan.

—¿Te acuerdas de *Oklahoma*?

—Sí. Lo vimos cuando estábamos prometidos. —Era increíble, pensó, lo gallardo que era aquel rubito.

—¿No era de Cecil Beatón?

—No sé. Nunca me gustó el tal Cecil. Zapatos verdes.

—Olía delicioso.

—¿Qué es eso?

—Un libro. Lo he pedido prestado.

—Muerto, me figuro.

—¿Quién?

—El tal Beatón.

—Oh, sí. Todo el mundo ha muerto.

—Buen musical, con todo.

Y se fue a la cama cabizbajo, cantando «Oh, qué hermosa mañana», mientras la reina abría el libro.

La semana siguiente pensaba dar el libro a una dama de compañía para que lo devolviera, pero al encontrarse prisionera de su secretario privado y verse obligada a repasar la agenda del día con mayor detalle de lo que ella consideraba necesario, zanjó la discusión sobre una visita al laboratorio de investigación viaria declarando de pronto que era miércoles y en consecuencia tenía que ir a cambiar el libro a la biblioteca ambulante. Su secretario privado, Sir Kevin Scatchard, un neozelandés sumamente concienzudo de quien se esperaban grandes cosas, se quedó solo recogiendo sus papeles y se preguntó para qué necesitaba la soberana una biblioteca ambulante cuando poseía tantas fijas.

Sin los perros, la visita fue algo más tranquila, aunque Norman era de nuevo el único prestatario.

—¿Qué le ha parecido, señora? —preguntó el señor Hutchings.

—¿Dame Ivy? Un poco seca. Y todo el mundo habla igual, ¿se ha dado cuenta?

—Para decirle la verdad, señora, nunca he leído más que unas pocas páginas. ¿Hasta dónde ha llegado Su Majestad?

—Oh, hasta el final. Cuando empezamos un libro lo terminamos. Nos han educado así. Libros, pan y mantequilla, puré de patatas: no hay que dejar nada en el plato. Siempre ha sido nuestra filosofía.

—En realidad no tenía que haber devuelto el libro, señora. Estamos reduciendo existencias y todos los libros de esa estantería son gratuitos.

—¿Quiere decir que podemos quedárnoslo? —Se apretó el libro contra el pecho

—. Hemos hecho bien en venir. Buenas tardes, señor Seakins. ¿Más de Cecil Beatón?

Norman le mostró el libro que estaba examinando, en esta ocasión algo sobre David Hockney. Ella lo hojeó, mirando imperturbable los traseros de hombres jóvenes que salían de piscinas californianas o yacían juntos en camas deshechas.

—Algunas —dijo—, algunas no parecen del todo acabadas. Esta está muy borrosa.

—Creo que era su estilo entonces, señora —dijo Norman—. En realidad es muy buen dibujante.

La reina volvió a mirar a Norman.

—¿Trabajas en la cocina?

—Sí, señora.

No se había propuesto llevarse otro libro, pero decidió que ya que estaba allí era más fácil llevárselo que no, aunque se sentía tan perpleja como la semana anterior. Lo cierto era que no quería ningún libro y desde luego no quería otro de Ivy Compton-Burnett, que en conjunto era bastante difícil.

Fue pues una suerte que posara la mirada en un volumen reeditado de *A la caza del amor*, de Nancy Mitford. Lo cogió.

—Bueno. ¿No se casó su hermana con el fascista de Mosley?

El señor Hutchings dijo que creía que así era.

—Y la suegra de otra hermana en cambio era mi responsable de vestuario personal.

—Eso no lo sé, señora.

—Luego estaba aquella desgraciada que tuvo un lío con Hitler. Y una se hizo comunista. Y creo que había una más. ¿Pero ésta es Nancy?

—Sí, señora.

—Bien.

Las novelas rara vez tenían tan excelentes relaciones y la reina, en consecuencia, se sintió tranquilizada y entregó con cierta confianza el libro al señor Hutchings para que lo sellase.

A la caza del amor resultó ser una elección afortunada y, a su manera, memorable. Si Su Majestad hubiera escogido otro tostón, una de las primeras obras de George Eliot, pongamos, o una de las últimas de Henry James, lectora novata como era, habría podido abandonar la lectura para siempre y no habría aquí historia que contar. Habría pensado que los libros dan trabajo.

Así las cosas, pronto se enfrascó en la lectura de aquél, y al pasar por su dormitorio aquella noche, con la bolsa de agua caliente en la mano, el duque la oyó reírse a carcajadas. Asomó la cabeza por la puerta.

—¿Todo bien, abuela?

—Claro. Estoy leyendo.

—¿Otra vez? —dijo él, y se marchó moviendo la cabeza.

A la mañana siguiente despertó con un pequeño resfriado y como no tenía compromisos se quedó en la cama diciendo que quizá estuviera incubando una gripe. Era impropio de ella y además no era cierto; se trataba sólo de que quería seguir leyendo el libro.

«La reina tiene un ligero resfriado», fue la noticia comunicada al país, pero lo que no le dijeron y lo que la propia reina tampoco sabía era que constituía la primera de una serie de adaptaciones, algunas de gran alcance, que la lectura iba a ocasionar.

Al día siguiente, la reina mantuvo una de sus sesiones periódicas con su secretario privado, y uno de los temas de la agenda era lo que hoy en día llaman recursos humanos.

—En mi época —le dijo ella—, se llamaba personal.

En realidad, no era así: se llamaba «servidumbre». Mencionó también esto, a sabiendas de que suscitaría una reacción.

—Eso podría interpretarse mal, señora —dijo Sir Kevin—. Nuestra aspiración es no dar nunca al público una causa de ofensa. «Servidumbre» transmite un mensaje erróneo.

—Recursos humanos —dijo la reina— no transmite ninguno. Por lo menos a mí no. Sin embargo, ahora que hablamos de recursos humanos, hay uno que actualmente trabaja en las cocinas y al que me gustaría ascender, o en todo caso subirlo arriba.

Sir Kevin nunca había oído hablar de Seakins, pero consultando a varios subalternos Norman fue finalmente localizado.

—Para empezar, no entiendo qué hace en la cocina —dijo Su Majestad—. Es evidente que el joven posee cierta inteligencia.

—No es lo bastante muñequita —dijo el asistente personal de la reina, aunque no a ésta, sino al secretario privado—. Flaco, pelirrojo. Por el amor de Dios.

—A Su Majestad parece que le gusta —dijo Sir Kevin—. Le quiere tener arriba.

Así fue como Norman quedó exonerado de lavar platos y le encajaron (con cierta dificultad) un uniforme de paje y le asignaron al servicio real, donde una de sus primeras tareas, como era de prever, tuvo relación con la biblioteca.

Ocupada el miércoles siguiente (gimnasia en Nuneaton), la reina le dio a Norman el libro de Nancy Mitford para que lo devolviera y le dijo que como, al parecer, había una continuación, también quería leerla, junto con algo más que él pensara que podría gustarle.

Este encargo inquietó un poco a Norman. Cultivado hasta cierto punto, era en gran medida autodidacta y tendía a determinar sus lecturas el hecho de que el autor fuese gay. Ciertamente, el campo era amplio, pero como criterio era un poco limitado, sobre todo cuando se trataba de elegir un libro para otra persona, y tanto más cuanto la persona era la reina.

Tampoco el señor Hutchings le sirvió de gran ayuda, salvo en que cuando mencionó los perros como un tema que podría interesar a Su Majestad, Norman se acordó de algo que había leído y que podría reunir las condiciones: la novela *Mi perro Tulipán*, de J. R. Ackerley.

El señor Hutchings se mostró dubitativo, alegando que era gay.

—¿Sí? —dijo Norman, con expresión inocente—. No me di cuenta. Ella pensará que sólo trata del perro.

Llevó los libros al piso de la reina y le acababan de decir que desapareciese del mapa cuando el duque pasó escondido detrás de un armario de taracea.

—He visto esta tarde a esa extraordinaria criatura —informó más tarde Su Real Majestad—. El paje pelirrojo.

—Sería Norman —dijo la reina—. Le conocí en la biblioteca ambulante. Trabajaba en la cocina.

—Ya entiendo por qué —dijo el duque.

—Es muy inteligente —dijo la reina.

—Tendrá que serlo —dijo el duque—. Con esa pinta...

—*Tulipán* —le dijo la reina a Norman más tarde—. Curioso nombre para un perro.

—Se supone que es ficción, señora, sólo que sí tenía un perro en la vida real, un pastor alemán. —(No le dijo que el perro se llamaba *Reinita*)—. En realidad es una autobiografía disfrazada.

—Oh —dijo la reina—. ¿Por qué disfrazarla?

Norman pensó que lo descubriría cuando leyese el libro, pero no se lo dijo.

—A ninguno de sus amigos le gustaba el perro, señora.

—Conocemos muy bien esa sensación —dijo la reina, y Norman asintió solemnemente, puesto que los perros reales eran, en general, impopulares. La reina sonrió. Norman era todo un hallazgo. Ella sabía que inhibía a la gente y pocos sirvientes se comportaban con naturalidad. Por extraño que fuera, Norman era él mismo y parecía incapaz de ser otra cosa. Era algo muy infrecuente.

Pero a la reina quizá no le habría complacido tanto si hubiera sabido que a Norman no le intimidaba su persona porque le parecía viejísima, tanto que sus muchos años eclipsaban su majestad. Por muy reina que fuese era también una anciana, y como la entrada de Norman en el mundo laboral se había producido a través de una residencia de ancianos en Tyneside, las ancianas no le inspiraban terror. Para Norman la reina era su patrona, pero por su edad era casi una paciente, y en sus dos identidades había que seguirle la corriente, aunque es cierto que esto fue antes de que descubriera lo aguda que era y lo desperdiciado que estaba su talento.

Al mismo tiempo Su Majestad era muy convencional, y cuando empezó a leer pensó que quizá debiera hacerlo, al menos en parte, en el lugar habilitado a tal efecto,

es decir, en la biblioteca. Pero aunque la llamasen así y estuviese, de hecho, tapizada de libros, rara vez —si es que hubo alguna— leía alguien allí. Allí se lanzaban ultimátums, se trazaban líneas, se recopilaban devocionarios y se decidían matrimonios, pero si alguien quería enfrascarse en un libro la biblioteca no era el lugar adecuado. Ni siquiera era fácil echar mano de un volumen en los anaqueles abiertos, así llamados a pesar de que estaban secuestrados dentro de jaulas doradas y cerradas con llave. Muchos eran de un valor incalculable, lo cual constituía otro impedimento. No, para leer era mejor hacerlo en un lugar no destinado a ello. La reina se sintió así legitimada a volver al piso de arriba.

Después de terminar *Amor en clima frío*, la secuela de Nancy Mitford, vio encantada que había escrito otros libros, y si bien parecían textos de historia los puso en la lista de lectura (recién empezada) que guardaba en su escritorio. Entretanto siguió leyendo *Mi perro Tulipán*, de J. R. Ackerley. (¿Le había conocido? Pensó que no.) Le gustó el relato aunque sólo fuera porque, como había dicho Norman, el perro en cuestión parecía aún más travieso que los suyos e igual de impopular. Al ver que Ackerley había escrito una autobiografía, mandó a Norman a buscarla a la Biblioteca de Londres. Aunque patrocinadora de la biblioteca, apenas había puesto un pie allí y tampoco, por supuesto, Norman, que volvió entusiasmado. Aquel lugar era una antigüedad, la clase de biblioteca de la que sólo había oído hablar en los libros y que había creído relegada al pasado. Había recorrido sus laberínticos estantes maravillado de poder (o, mejor dicho, de que ella pudiese) llevarse prestado cualquier libro que se le antojase. Tan contagiosa era su emoción que la reina pensó que la próxima vez tal vez le acompañara.

Leyó la autobiografía de Ackerley levemente sorprendida al saber que, aunque trabajaba en la BBC, era homosexual, y le pareció que, en conjunto, su vida había sido triste. El perro la intrigaba, aunque la dejó desconcertada la intimidad casi veterinaria que concedía al animal. También le sorprendió que la guardia real estuviera tan disponible y por unos honorarios tan razonables como el libro contaba. Le habría gustado saber más a este respecto, pero aunque varios de sus asistentes eran miembros de la guardia real no se sintió muy inclinada a preguntar.

En el libro figuraba E. M. Forster, con quien recordaba haber pasado media hora embarazosa cuando le nombró Companion of Honour. Tímido y con cara ratonil, habló poco y con una voz tan débil que a ella le resultó casi imposible comunicarse con él. Pero aquel hombre era un pozo de sorpresas. Sentado con las manos unidas, como salido de *Alicia en el país de las maravillas*, no daba la menor pista de lo que pensaba, y por eso a ella le sorprendió gratamente descubrir, leyendo su biografía, que mucho tiempo después Forster había dicho que si la reina hubiera sido un chico se habría enamorado de ella.

Naturalmente, la reina comprendió que no se lo habría podido decir a ella, pero

cuanto más leía más lamentaba intimidar a la gente y más deseaba que los escritores, en especial, tuvieran la valentía de decir lo que más tarde ponían por escrito. Lo que asimismo estaba descubriendo era que un libro llevaba a otro, nuevas puertas se abrían dondequiera que mirase y los días no eran lo bastante largos para leer todo lo que ella quería.

Pero también le pesaban y le mortificaban las numerosas oportunidades que se había perdido. De niña había conocido a Masefield y a Walter de la Mare; no habría podido decirles gran cosa, pero también había conocido a T. S. Eliot, y además a Priestley y a Philip Larkin e incluso a Ted Hughes, de quien se había prendado un poco pero que en su presencia no despegó los labios. Y era porque entonces había leído tan poco de lo que habían escrito que no se le ocurría nada que decir, y ellos, por supuesto, no le habían dicho nada interesante. Qué desperdicio.

Cometió el error de mencionarle esto a Sir Kevin.

—Pero a Su Majestad, sin duda, debieron de aleccionarla.

—Desde luego —dijo la reina—, pero aleccionar no es leer. De hecho es la antítesis de la lectura. Aleccionar es sucinto, concreto y pertinente. Leer es desordenado, disperso y siempre incitante. El aleccionamiento cierra un tema, la lectura lo abre.

—Me pregunto si Su Majestad visitaría otra vez la fábrica de zapatos —dijo Sir Kevin.

—La próxima vez —dijo la reina, cortante—. ¿Dónde he dejado mi libro?

Tras haber descubierto los placeres de leer, a Su Majestad le encantaba transmitirlos a los demás.

—¿Usted lee, Summers? —le preguntó al chófer en el trayecto a Northampton.

—¿Leer, señora?

—¿Libros?

—Cuando tengo ocasión, señora. Casi nunca encuentro tiempo.

—Es lo que dice mucha gente. Hay que encontrarlo. Por ejemplo, esta mañana. Va a estar esperándome sentado delante del ayuntamiento. Podría leer entonces.

—Tengo que vigilar el coche, señora. Estamos en los Midlands. El vandalismo está a la orden del día.

Una vez confiada Su Majestad al seguro cuidado del representante de la Corona, Summers realizó una precavida inspección del vehículo antes de sentarse en su asiento. ¿Leer? Pues claro que leía. Todo el mundo leía. Abrió la guantera y sacó su ejemplar del *Sun*.

Otros, en especial Norman, eran más receptivos, y ante él la reina no intentaba ocultar sus deficiencias como lectora ni su absoluta carencia de bagaje cultural. Una tarde en que estaban leyendo en el estudio real, ella le dijo:

—¿Sabes en lo que destacaríamos de verdad?

—No, señora.

—En los concursos de preguntas. Hemos estado en todas partes, lo hemos visto todo y aunque podamos tener lagunas con la música pop y algunos deportes, cuando la pregunta es, pongamos, la capital de Zimbabue o las exportaciones principales de Nuevo Gales del Sur, nos lo sabemos al dedillo.

—Y yo me ocuparía de la música pop —dijo Norman.

—Sí —dijo la reina—. Haríamos un buen equipo. Ah, bueno. El camino no hollado. ¿De quién es eso?

—¿Quién, señora?

—El camino no hollado. Búscalos.

Norman lo buscó en el *Diccionario de citas* y vio que era de Roben Frost.

—Sé la palabra apropiada para ti —dijo la reina.

—¿Señora?

—Haces recados, me cambias los libros de la biblioteca, me buscas palabras en los diccionarios y me encuentras citas. ¿Sabes lo que eres?

—Era un lavaplatos, señora.

—Pues ya no lo eres. Eres mi amanuense.

Norman consultó el diccionario que ahora la reina tenía siempre encima de la mesa.

—El que escribe al dictado; copia manuscritos. Un ayudante literario.

El nuevo amanuense tenía una silla en el pasillo, cerca del despacho de la reina, y allí se pasaba el tiempo leyendo cuando no estaba de servicio o haciendo recados. Esto no le favorecía en nada con respecto a los demás pajes, que pensaban que se había buscado un buen chollo y no era lo bastante mono para merecerlo. De vez en cuando, un mayordomo de paso se paraba a preguntarle si no tenía otra ocupación mejor que leer, y al principio no sabía qué contestar. Ahora, sin embargo, decía que estaba leyendo algo para Su Majestad, lo cual a menudo era cierto pero también lo suficientemente irritante como para que el mayordomo real se largara de mal humor.

Como leía cada vez más, la reina sacaba ahora libros de diversas bibliotecas, incluidas algunas de las suyas, pero por razones sentimentales y porque le gustaba el señor Hutchings, a veces bajaba al patio de la cocina para apoyar la biblioteca ambulante.

Una tarde de miércoles, sin embargo, no estaba la camioneta, ni tampoco la semana siguiente. Norman hizo pesquisas enseguida y se enteró de que la visita al palacio había sido cancelada a causa de los drásticos recortes presupuestarios. Sin amilanarse, Norman la rastreó finalmente hasta Pimlico, donde en un patio de recreo encontró al señor Hutchings aún tercamente sentado al volante, pegando etiquetas en los libros. El señor Hutchings le dijo que aunque había señalado al departamento de bibliotecas ambulantes que Su Majestad era una de las usuarias, el anuncio dejó frío

al cabildo, que, antes de suprimir las visitas, hizo averiguaciones en palacio que negaban el menor interés por el asunto.

Informada por el indignado Norman, la reina no pareció sorprenderse, pero aunque no le dijo nada confirmó lo que había sospechado, es decir, que en los círculos reales la lectura no estaba bien vista, o por lo menos el hecho de que la reina leyera.

Aunque la pérdida de la biblioteca supuso un pequeño contratiempo, hubo un desenlace feliz: el señor Hutchings descubrió que figuraba en la siguiente lista de destinatarios de honores, bien es verdad que nombrado para un título inferior, pero elegido entre quienes habían prestado a Su Majestad un especial servicio personal. Tampoco esto fue visto con buenos ojos, sobre todo por parte de Sir Kevin.

Como era neozelandés y su nombramiento representaba una novedad, Sir Kevin Scatchard había sido recibido por la prensa inevitablemente como una nueva escoba, un hombre relativamente joven que barrería algunas de las deferencias superfluas y las más flagrantes ridiculeces que constituían aditamentos inherentes a la monarquía. A este respecto la Corona se describía como el banquete de boda de Miss Havisham en *Grandes esperanzas*: las arañas con telarañas, el pastel infestado de ratones y Sir Kevin en el papel del señor Pip, descorriendo las cortinas raídas para que entrase la luz. A la reina, que tenía la ventaja de haber sido a su vez un soplo de aire fresco, no le convencía este guión y sospechaba que aquel brioso oriundo de las antípodas se apagaría llegado el momento. Los secretarios privados, al igual que los primeros ministros, iban y venían, y en el caso de Sir Kevin la reina pensaba que ella podría ser tan sólo un peldaño más en la vía a las altas esferas por la que sin duda él se encaminaba. Se había graduado en la Harvard Business School y uno de sus objetivos públicamente declarados («exponer nuestro muestrario», lo llamaba) era hacer la monarquía más accesible. La apertura de Buckingham Palace a los visitantes había sido un paso en esta dirección, así como el uso del jardín para ocasionales conciertos, de pop y otros. La lectura, sin embargo, le incomodaba.

—Creo, señora, que aunque no exactamente elitista, transmite una mala onda. Tiende a excluir.

—¿Excluir? Pero si casi todo el mundo sabe leer...

—Sabe leer, señora, pero no estoy seguro de que lo hagan.

—Entonces, Sir Kevin, les estoy dando un buen ejemplo.

Sonrió dulcemente y advirtió al mismo tiempo que ahora Sir Kevin era mucho menos neozelandés que cuando le nombraron secretario, y de aquel vínculo kiwi sólo le quedaba un deje en su acento, sobre el que Su Majestad sabía que él era muy sensible y que no le gustaba que le recordasen (se lo había dicho Norman).

Otro tema delicado era su nombre. El secretario privado lo llevaba como un fardo: Kevin no era el nombre que hubiera elegido para él, y como le disgustaba era

más consciente del número de veces que la reina lo empleaba, aunque ella no podía saber cuan degradante lo consideraba. De hecho sí lo sabía (Norman de nuevo), pero para ella el nombre de la gente era indiferente, como todo lo demás, por otra parte: la ropa, la voz, la clase social. Era una demócrata auténtica, quizá la única que había en el país.

En opinión de Sir Kevin, no obstante, utilizaba su nombre con una frecuencia innecesaria, y algunas veces estaba seguro de que infundía al nombre propio un soplo de Nueva Zelanda, la tierra de las ovejas y las tardes de domingo, y un país que, como soberana de la Commonwealth, había visitado muchas veces y del que se declaraba entusiasta.

—Es importante —dijo Sir Kevin— que Su Majestad esté centrada.

—Cuando dice «centrada», Sir Kevin, me figuro que se refiere a que no hay que perder la bola de vista. Pues no la hemos perdido durante más de cincuenta años y por lo tanto pienso que ya es hora de que se nos permita mirar de reojo de vez en cuando al campo.

Pensó que su metáfora había cojeado aquí un poco, aunque Sir Kevin no lo había notado.

—Comprendo —dijo—. Su Majestad necesita un pasatiempo.

—¿Pasatiempo? —dijo la reina—. Los libros no hablan de pasar el tiempo. Hablan de otras vidas. Otros mundos. En vez de querer que el tiempo pase, Sir Kevin, ojalá dispusiéramos de más. Si quisiéramos un pasatiempo, podríamos irnos a Nueva Zelanda.

Tras dos menciones de su nombre y una de Nueva Zelanda, Sir Kevin se retiró dolido. Con todo, había planteado una cuestión y se habría sentido satisfecho de haber sabido que la reina se quedó azorada y preguntándose por qué había sentido la atracción de los libros en aquel momento concreto de su vida. ¿De dónde venía aquel apetito?

Al fin y al cabo, poca gente había visto más mundo que ella. Apenas había un país que no hubiese visitado, una personalidad que no hubiera conocido. Si ella misma formaba parte del retablo del mundo, ¿por qué ahora le intrigaban libros que, aparte de todo lo demás que fueran, no eran sino un reflejo o una versión del mundo? ¿Libros? Ella había visto la realidad.

—Creo que leo —le dijo a Norman— porque tenemos el deber de descubrir cómo es la gente.

Norman no prestó mucha atención al asaz trillado comentario, pues él no se sentía sometido a una obligación así y no leía para instruirse, sino por puro placer, aunque veía que parte del placer residía en aprender. Pero el deber no influía en absoluto.

Sin embargo, para alguien con el historial de la reina, el deber siempre había prevalecido sobre el placer. Si pensaba que leer era su obligación, leía con una clara

conciencia en la que el placer, de existir alguno, era secundario. Pero ¿por qué se había habituado ahora? No habló de esto con Norman, pensando que era algo relacionado con quién era ella y la posición que ocupaba.

El atractivo, pensó, estaba en su indiferencia: había algo inaplazable en la literatura. A los libros no les importaba quién los leía o si alguien los leía o no. Todos los lectores eran iguales, ella incluida. La literatura, pensó, es una mancomunidad, las letras, una república. En realidad había oído usar esta expresión, la república de las letras, en ceremonias de graduación, títulos honorarios y demás, pero sin saber muy bien lo que significaba. Entonces, que hablaran de cualquier clase de república le había parecido un poco insultante y hacerlo en su presencia una falta de tacto, como mínimo. Sólo ahora comprendía su significado. Los libros no se sometían. Todos los lectores eran iguales y esto le remontaba a los comienzos de su vida.

De niña, una de sus grandes emociones había sido la Noche de la Victoria, cuando ella y su hermana se escaparon por las puertas de palacio y se mezclaron de incógnito con la multitud. Le parecía que en leer había algo de esto. Era un acto anónimo; era compartido; era común. Y ella, que había llevado una vida distinta de la de los demás, descubrió que ansiaba aquello. Allí, entre aquellas páginas y entre aquellas tapas, estaba de incógnito.

Pero las dudas que tenía y las preguntas que se hacía eran sólo el principio. En cuanto cogió ritmo, el deseo de leer dejó de parecerle extraño, y los libros, a los que se había acercado con tanta precaución, se convirtieron poco a poco en su elemento.

Una de las periódicas responsabilidades de la reina era inaugurar el Parlamento, una obligación que hasta entonces nunca le había resultado especialmente fastidiosa y que más bien le agradaba: incluso después de cincuenta años, era una delicia recorrer el Mall en un carruaje abierto una radiante mañana de otoño. Pero ya no. Temía las dos horas que duraría todo el proceso, aunque por suerte viajaban en la carroza, no en el carruaje abierto, y podía llevarse consigo el libro. Había adquirido la habilidad de leer y saludar con la mano al mismo tiempo, y el truco consistía en mantener el libro por debajo del nivel de la ventana y mantener la mirada en él y no en la muchedumbre. Al duque aquello no le gustaba un pelo, pero, Dios mío, no había más remedio.

Todo lo cual estaba muy bien, con la salvedad de que cuando ya estaba instalada en la carroza y la procesión formada y lista para partir en el patio delantero de palacio, al ponerse las gafas cayó en la cuenta de que se había olvidado el libro. Y mientras el duque echa humo en el rincón, los postillones se inquietan, los caballos piafan y los arneses tintinean, llaman al móvil de Norman. La guardia real adopta posición de descanso y la procesión aguarda. El jefe del desfile consulta su reloj. Dos minutos de retraso. Consciente de que nada disgusta más a Su Majestad y no sabiendo nada del libro, no le hacen ninguna gracia las consecuencias inevitables del

contratiempo. Pero aquí llega Norman, corriendo por la gravilla con el libro cuidadosamente escondido en un chal, y la comitiva parte.

No obstante, es una pareja real malhumorada la que recorre el Mall: el duque agita la mano ferozmente desde su ventanilla y la reina apáticamente desde la suya, y a cierta velocidad, además, pues la procesión intenta recuperar los dos minutos perdidos.

Cuando llegaron a Westminster metió el libro detrás de un almohadón de la carroza, preparado para el trayecto de regreso, y al sentarse en el trono y acometer su discurso tuvo conciencia de lo tediosas que eran aquellas bobadas que debía pronunciar y de que era la única ocasión en que tenía que leer en voz alta una alocución al país.

«Mi gobierno hará esto..., mi gobierno hará lo otro»: estaba tan zafidamente redactado y tan desprovisto de estilo o de interés que pensó que el acto mismo de leer aquel texto era degradante, y la actuación real de aquel año fue aún más ininteligible de lo que solía ser, pues trató también de recuperar los dos minutos de retraso.

No sin cierto alivio volvió a la carroza y metió la mano detrás del almohadón en busca del libro. No estaba. Sin dejar de saludar mientras circulaban, buscó a hurtadillas debajo de los otros cojines.

—¿No estás sentado encima?

—¿Encima de qué?

—De mi libro.

—No. Ahí hay gente de la British Legión y algunas sillas de ruedas. Saluda, por el amor de Dios.

Cuando llegaron a palacio la reina interpeló a Grant, el joven lacayo de guardia, quien dijo que había sido el servicio de seguridad, y que los perros de rastreo habían olfateado el libro y seguridad lo había confiscado. Creía probable que lo hubiesen explotado.

—¿Explotar? —dijo la reina—. Pero si era Anita Brookner.

El joven, que mostraba muy poca deferencia, dijo que seguridad podía haber pensado que se trataba de un artefacto. La reina dijo:

—Sí. Es exactamente eso. Un libro es un artefacto para encender la imaginación.

—Sí, señora —dijo el lacayo.

Lo dijo como si estuviera hablando con su abuela, y por primera vez la reina tuvo una percepción desagradable de la hostilidad que parecían despertar sus lecturas.

—Muy bien —dijo—. Entonces debe informar a seguridad de que mañana por la mañana quiero encontrar encima de mi escritorio otro ejemplar del mismo libro, investigado y sin explosivos. —Se retiraba ya cuando se dio media vuelta—. Y los almohadones de la carroza están sucios. Mire mis guantes.

«¡Joder!», dijo el lacayo, sacando el libro de donde le habían ordenado que lo

escondiese: debajo de la parte delantera de los calzoncillos. Sin embargo, para sorpresa general, nada se dijo oficialmente del retraso del desfile.

La aversión a las lecturas de la reina no se limitaba a la esfera doméstica. Mientras que en el pasado los paseos habían significado un retozo incontrollado y bullicioso por el parque, ahora, apenas la perdían de vista desde palacio, Su Majestad se sentaba en el banco más cercano y sacaba el libro. De tanto en tanto lanzaba abúlicamente una galleta a los perros, pero se habían acabado los juegos de arrojar pelotas y recobrar palos y todo aquel frenesí organizado que solía amenizar sus recorridos. Por mimados e irascibles que fuesen, los perros tenían su inteligencia y no es de extrañar que en un breve lapso llegaran a odiar los libros por ser unos aguafiestas (y siempre lo habían sido).

Si alguna vez a Su Majestad se le caía un libro a la alfombra, uno de los perros se abalanzaba sobre él de inmediato, lo zarandeaba como si fuese una rata y se lo llevaba a un lugar recóndito de palacio o a cualquier sitio donde pudiera ser destrozado a conciencia. A pesar de haber ganado el premio James Tait Black, Ian McEwan había acabado así, al igual que A. S. Byatt. No obstante ser patrocinadora de la Biblioteca de Londres, cada cierto tiempo Su Majestad tenía que disculparse por teléfono ante el encargado de renovaciones por la pérdida de otro volumen.

A los perros tampoco les gustaba Norman, y Sir Kevin no le tenía aprecio en la medida en que el joven era responsable de al menos una parte del entusiasmo literario de la reina. A Sir Kevin también le irritaba la proximidad constante de Norman, pues aunque nunca estaba en la habitación donde el secretario privado departía con la reina, siempre se encontraba cerca.

Hablaban de una visita a Gales que la reina debía realizar quince días después. Estaba siendo informada del programa (un trayecto en tranvía, un concierto de ukelele y una visita a una fábrica de queso) cuando Su Majestad se levantó de pronto y se dirigió a la puerta.

—Norman.

Sir Kevin oyó el chirrido de la silla cuando Norman se levantó.

—Vamos a Gales dentro de unas semanas.

—Mala suerte, señora.

La reina esbozó una sonrisa a Sir Kevin, serio.

—Qué descarado es Norman. Ya hemos leído a Dylan Thomas, ¿verdad?, y algo de John Cowper Powys. Y hemos leído a Jan Morris. ¿Quién más hay por allí?

—Podría probar Kilvert, señora —dijo Norman.

—¿Quién es?

—Un párroco, señora. Del siglo diecinueve. Vivió en la frontera galesa y escribió un diario. Le gustaban las niñas.

—Oh —dijo la reina—, como a Lewis Carroll.

—Peor, señora.

—Válgame Dios. ¿Puedes conseguirme sus diarios?

—Los pondré en la lista, señora.

Su Majestad cerró la puerta y volvió a la mesa.

—Ya ve, Sir Kevin. No puede decir que no hago los deberes.

Sir Kevin, que nunca había oído hablar de Kilvert, no se inmutó.

—La fábrica de queso está en un nuevo parque empresarial, situado en una antigua cuenca minera. Ha revitalizado toda la zona.

—Oh, no lo dudo —dijo la reina—. Pero no me negará que la literatura es importante.

—No sé si lo es —dijo Sir Kevin—. En la fábrica contigua, cuya cantina inaugura Su Majestad, hacen componentes informáticos.

—Habrán cantos, me figuro.

—Habrán un coro, señora.

—Suele haberlo.

La reina pensó que Sir Kevin tenía una cara muy musculosa. Era como si tuviera músculos en las mejillas, y se le tensaban cuando fruncía el ceño. Pensó que si ella fuera novelista, quizá valiese la pena anotarlo.

—Deberíamos intentar, señora, cantar en su lengua.

—En Gales, por fuerza. ¿Noticias de casa? ¿Ocupados esquilando ovejas?

—No en esta época del año, señora.

—Oh. Pastando.

Esbozó la amplia sonrisa que indicaba que la entrevista había concluido, y cuando él se volvió en la puerta para hacer una reverencia, ella ya estaba empozada en su libro y, sin levantar la vista, dijo simplemente: «Sir Kevin», y pasó la página.

Así que en su momento Su Majestad fue a Gales y a Escocia y a Lancashire y al West Country, en aquella ronda incesante de periplos por toda la nación que es el destino de la monarquía. La reina debía conocer a su pueblo, por torpes y cohibidos que fuesen aquellos encuentros. No obstante, en estas ocasiones la ayudaba su personal.

Para evitar el mutismo ocasional de los súbditos en presencia de su soberana, los asistentes a menudo sugerían posibles temas de conversación.

—Su Majestad quizá le pregunte si ha venido de lejos. Tenga su respuesta preparada y después puede continuar diciendo si ha venido en tren o en coche. Puede que entonces ella le pregunte dónde ha dejado usted el coche y si había más tráfico aquí que..., ¿de dónde dice que ha venido?... en Andover. Verá, la reina se interesa por todos los aspectos de la vida del país, y algunas veces hablará de lo difícil que es aparcar en Londres hoy día, lo que a usted podría darle pie para comentar los problemas de aparcamiento que hay en Basingstoke.

—Andover, en este caso, pero en Basingstoke también es una pesadilla.

—Desde luego. Pero ¿lo ha captado? Trivialidades.

Por superficiales que fueran estas conversaciones, tenían la ventaja de ser previsibles y sobre todo breves, y daban a la reina muchas oportunidades de cortar el diálogo en seco. Los encuentros transcurrían sin percances y se ajustaban a un programa, la reina mostraba interés y los súbditos rara vez se quedaban sin saber qué decir, y apenas tenía importancia que la conversación quizá más esperada de toda una vida se redujera a un comentario escueto sobre las secciones cortadas por obras de la M6. Habían conocido a la reina, habían hablado con ella y todos se iban a la hora convenida.

Tan rutinarias se habían vuelto estas entrevistas que los asistentes ya casi no se molestaban en supervisarlas y merodeaban por las inmediaciones siempre con una sonrisa condescendiente y servicial. De modo que sólo cuando fue evidente que el porcentaje de silencios estaba aumentando y que cada vez más súbditos se quedaban mudos en presencia de la soberana, el personal empezó a entreoír lo que se hablaba (o no se hablaba) en las audiencias.

Se descubrió que, sin previa notificación a sus asistentes, la reina había abandonado sus antiguas pautas de interrogación —años en el servicio, la distancia recorrida, lugar de origen— y había adoptado una nueva táctica para entablar conversación, a saber: «¿Qué está leyendo en este momento?» Para lo cual muy pocos súbditos leales de Su Majestad tenían una respuesta preparada (aunque uno lo intentó: «¿La Biblia?») De ahí las pausas embarazosas que la reina tendía a llenar diciendo: «Yo estoy leyendo...», y a veces incluso rebuscaba en el bolso y les dejaba vislumbrar el afortunado volumen. No era de extrañar que las audiencias se volvieran más largas e irregulares y que un número creciente de sus cariñosos súbditos se marchara lamentando no haber estado a la altura y con la sensación de que la soberana en cierto modo les había lanzado una pregunta envenenada.

Acabado su turno, Piers, Tristram, Giles y Elspeth, todos los fieles sirvientes de la reina, comparaban notas:

—¿Qué está leyendo? Pero ¿qué clase de pregunta es ésa? La mayoría de la gente, pobre, no está leyendo nada. Pero si alguien lo dice, la señora mete la mano en el bolso, saca un volumen que acaba de terminar y se lo regala.

—Y ellos se apresuran a venderlo en eBay.

—Claro. ¿Y habéis estado hace poco en una visita real? —intervino una dama de compañía—. Porque el rumor se ha extendido. Desde tiempo inmemorial, la buena gente le regalaba unos narcisos o un ramo de primaveras mohosas que la señora después nos pasaba a nosotros, cerrando la marcha, y hoy traen libros que están leyendo o, no te lo pierdas, incluso *escribiendo*, y si tienes la mala suerte de estar de guardia prácticamente necesitas un carrito. Si yo quisiera andar transportando libros

me habría buscado un empleo en una librería como Hatchard. Me temo que Su Majestad se está empezando a volver un poco difícil.

Aun así, los asistentes lo acataron, y por mucho que les contrariase tener que cambiar sus hábitos, en vista de las predilecciones de la reina cambiaron de táctica a regañadientes, y en la sesión informativa previa a una audiencia ahora sugerían que si bien Su Majestad quizá les preguntase, como antaño, si venían de muy lejos y por qué medio de transporte, era más probable que les preguntara qué estaban leyendo.

Al oír esto, la mayoría de la gente se quedaba en blanco (y a veces aterrada), pero los asistentes, sin amilanarse, exponían una serie de sugerencias. Poco importaba que de este modo la reina se hiciese una idea desproporcionada de la popularidad de Andy McNab y del casi universal afecto que inspiraba Joanna Trollope: por lo menos se había evitado la situación violenta. Y, una vez despachadas las respuestas, las audiencias volvían a su cauce y concluían a la hora en punto, como en otros tiempos, y los únicos retrasos se debían a las raras ocasiones en que un súbdito confesaba su afición por Virginia Woolf o Dickens, autores que suscitaban un animado (y largo) debate. Muchos confiaban en encontrar una afinidad similar diciendo que estaban leyendo Harry Potter, pero entonces la reina (que no tenía tiempo para fantasías) decía invariablemente, con brusquedad: «Sí. Nosotros lo reservamos para un día de lluvia», y pasaba rápidamente a otra cosa.

Verla casi a diario significaba que Sir Kevin podía importunarla por lo que ya casi era una obsesión e imaginar distintos enfoques.

—Me preguntaba, señora, si habría alguna manera de optimizar sus lecturas.

En otra época, ella habría pasado por alto esto, pero un efecto de la lectura había sido reducir la tolerancia real (que siempre había sido baja) hacia la jerga.

—¿Optimizar? ¿Qué quiere decir eso?

—Sólo es una idea provisional, señora, pero ayudaría que emitiéramos un comunicado de prensa diciendo que Su Majestad, aparte de literatura inglesa, lee también clásicos étnicos.

—¿De qué clásicos étnicos me habla, Sir Kevin? ¿Del Kamasutra?

El secretario suspiró.

—Estoy leyendo a Vikram Seth en este momento. ¿Serviría?

Aunque Sir Kevin no sabía quién era le pareció que sonaba bien.

—¿Salman Rushdie?

—Seguramente no, señora.

—No entiendo la necesidad de un comunicado de prensa —dijo la reina—. ¿Qué le importa al público lo que yo estoy leyendo? La reina lee. Es lo único que debe saber. Me imagino la reacción general: «¿Y qué?»

—Leer es retraerse. No estar disponible. Sería más fácil de asimilar —dijo Sir Kevin— si fuera una actividad menos... egoísta.

—¿Egoísta?

—Quizá debería decir solipsista.

—Quizá.

Sir Kevin prosiguió la ofensiva.

—Tendríamos que asociar sus lecturas con una finalidad más amplia: la alfabetización del país entero, por ejemplo, o mejorar el nivel de lo que leen los jóvenes.

—Nosotros leemos por placer —dijo la reina—. No es un deber público.

—Quizá debería serlo —dijo Sir Kevin.

—Puñetero insolente —dijo el duque cuando la reina se lo contó aquella noche.

A propósito del duque, ¿cómo reaccionaba a todo esto la familia? ¿Cómo le afectaba el nuevo hábito de la reina?

Si hubiera sido incumbencia de ella preparar la comida, hacer la compra o —lo cual era inimaginable— limpiar el polvo y pasar el aspirador por la(s) casa(s), se habría notado enseguida que los principios se habían relajado. Pero, por supuesto, ella estaba eximida de estos quehaceres. Es cierto que podaba el boj con menos asiduidad que antes, pero esto no afectaba a su marido ni a sus hijos. A lo que sí afectaba (o a lo que «impactaba», en expresión de Sir Kevin) era a la esfera pública, donde había empezado a cumplir sus deberes con visible renuencia: ponía la primera piedra con menos brío que antes y los pocos barcos que había que botar los mandaba hacia el agua sin más ceremonia que a un barquito de juguete en un estanque, pues su libro la esperaba.

Aunque esto pudiera preocupar a su personal, la familia se sentía bastante aliviada. La reina siempre los había llevado más derechos que una vela y la edad no la había hecho más indulgente. Pero sí la lectura. Dejaba más libres a sus familiares, apenas les atosigaba y ellos vivían, en general, más tranquilos. «¡Vivan los libros!», pensaban, salvo cuando tenían que leerlos o cuando la abuela insistía en hablar de ellos, les interrogaba sobre sus hábitos de lectura o, lo peor de todo, les depositaba un volumen en la mano y más tarde comprobaba si lo habían leído.

Así las cosas, a menudo topaban con ella en rincones extraños y poco frecuentados de sus diversas residencias, con las gafas en la punta de la nariz y un cuaderno y un lápiz a su lado. Lanzaba una breve ojeada y levantaba una mano, en vago ademán de reconocimiento. «Bueno, me alegro de que haya alguien feliz», decía el duque, y se iba por el pasillo, pisando fuerte. Y era verdad; ella lo era. Le gustaba leer más que ninguna otra cosa y devoraba libros a una velocidad pasmosa, aunque, aparte de Norman, no hubiera nadie que pudiera pasmarse.

De entrada, no comentaba sus lecturas con nadie, a sabiendas de que un entusiasmo que había florecido tarde, por muy delicioso que fuera, podría exponerla al ridículo. A su entender, era como si hubiese contraído una pasión por Dios o por

las dalias. A su edad, pensaba la gente, ¿qué más da? Pero para ella no existía nada más serio, y sentía respecto a la lectura lo mismo que algunos escritores sienten respecto a la escritura: que era imposible prescindir de ella y que en aquella etapa tardía de su vida ella había sido elegida para leer del mismo modo que otros lo habían sido para escribir.

Es cierto que al principio leía con temor y cierta desazón. La propia infinitud del número de libros era un desafío y no sabía por dónde continuar; no leía con método, sino que un libro conducía a otro y a menudo leía dos o tres al mismo tiempo. La fase siguiente fue cuando empezó a tomar notas, y a partir de entonces leía siempre con un lápiz a mano, no para resumir el texto sino simplemente para transcribir pasajes que le gustaban. Sólo al cabo de un año, más o menos, de leer y tomar notas se aventuró a apuntar algunos pensamientos propios. «Considero la literatura», escribió, «un vasto país que estoy recorriendo, pero a cuyos confines más lejanos no llegaré nunca. Y he empezado muy tarde. Nunca me pondré al día.» Más adelante (una idea sin relación con la anterior): «El protocolo puede ser malo, pero es peor una situación embarazosa.»

En la lectura también había tristeza, y por primera vez en su vida sintió que se había perdido muchas cosas. Había leído una de las varias biografías de Sylvia Plath y en realidad estaba muy contenta de no haber tenido muchas de las vivencias de la escritora, pero al leer las memorias de Lauren Bacall no pudo por menos de pensar que a Bacall le había tocado una parte mucho más sabrosa del pastel y, ligeramente sorprendida, descubrió que la envidiaba un poco.

Que la reina pudiera pasar tan fácilmente de la autobiografía de una protagonista del mundo del espectáculo a los últimos días de una poeta suicida podía denotar incongruencia y a la vez falta de percepción. Pero lo cierto es que al principio para ella todos los libros eran iguales y, como con sus asuntos, se sentía en la obligación de acercarse a ellos sin prejuicios. Los libros instructivos no existían, eran países inexplorados y, por lo menos al principio, no hacía distinciones. Con el tiempo empezó a discriminar, pero aparte de los ocasionales consejos de Norman nadie le decía qué debía leer y qué no. Lauren Bacall, Winifred Holtby, Sylvia Plath..., ¿quiénes eran éstos? Sólo leyendo lo averiguaría.

Pocas semanas después, levantó la vista del libro y le dijo a Norman:

—¿Sabes que te dije que tú eras mi amanuense? Pues he descubierto lo que soy yo. Soy una opsimatis.

Con el diccionario siempre a mano, Norman leyó en voz alta:

—Opsímata: persona que aprende tarde en la vida.

Era el afán de recuperar el tiempo perdido lo que la impulsaba a leer tan deprisa y, de paso, a hacer cada vez con más frecuencia (y más aplomo) comentarios de su cosecha, aplicando a lo que, en efecto, era crítica literaria el mismo talante franco con

que afrontaba otras facetas de su vida. No era una lectora benévola, y muchas veces deseaba haber tenido delante a los autores para cantarles las cuarenta.

«¿Soy la única», escribió, «que querría echar un rapapolvo a Henry James?»

«Entiendo por qué el doctor Johnson es tan apreciado, pero mucho de lo que dice ¿no es pura broza dogmática?»

Estaba leyendo a Henry James a la hora del té cuando dijo en voz alta:

—Oh, termina de una vez.

La sirvienta, que en aquel momento se llevaba el carro del té, dijo: «Perdone, señora», y salió disparada de la habitación.

—No te lo decía a ti, Alice —la llamó la reina, que incluso fue hasta la puerta—. No me refería a ti.

Antes no le habría importado lo que pensara la sirvienta o si la había ofendido, y al volver a su silla se preguntó el porqué de aquel cambio. En el momento no se le ocurrió pensar que aquel arranque de consideración tuviese algo que ver con los libros y hasta con el perpetuamente irritante Henry James. Pero más adelante sí lo pensaría, y en una de sus últimas notas escribió: «Creo que quizá me estoy convirtiendo en un ser humano. No estoy segura de que sea una evolución bien recibida.» Y a continuación se le ocurrió poner la fecha.

Había otras aflicciones, además de la conciencia que nunca la abandonaba de cuánto tiempo había perdido. De haber empezado a leer veinte años antes habría podido conocer a todos aquellos autores famosos a los que no había conocido o, aún peor, a los que había conocido y no había tenido nada que decir. Esto último, al menos, tenía remedio, y decidió, en parte incitada por Norman, que sería interesante y hasta divertido conocer a algunos de los escritores a los que ambos habían leído. En consecuencia se organizó una recepción, o una velada, como Norman insistió en llamarla.

Naturalmente, los asistentes supusieron que regirían las mismas normas que en las recepciones al aire libre o en otras ocasiones semejantes, en las que se aleccionaba de antemano a los invitados con los que Su Majestad probablemente se parase a hablar. Pero la reina consideró que esta formalidad estaba fuera de lugar en aquel caso (al fin y al cabo se trataba de artistas) y decidió hacer las cosas a la buena de Dios. Como se vio después, no fue una buena idea.

Aunque los autores se mostraban tímidos y cohibidos cuando los recibía individualmente, todos juntos eran ruidosos y cotillas, y aunque se rieran mucho no eran, por lo que pudo juzgar, especialmente divertidos. Al ver que nadie hacía el menor esfuerzo para incluirla en un grupo al que se acercaba, la reina se sintió como una invitada en su propia fiesta. Y cuando intervenía en una conversación la silenciaba y ocasionaba una pausa horrible o los escritores, supuestamente para demostrar su grado de independencia y sofisticación, la ignoraban y seguían hablando

como si nada.

Era emocionante estar con autores a los que había llegado a considerar amigos y a los que anhelaba conocer. Pero ahora que se afanaba en declarar su compañerismo con aquellos cuyas obras había leído y admiraba descubrió que no tenía nada que decir. Ella, que rara vez en su vida se había sentido intimidada por alguien, ahora estaba callada e incómoda. «Me encantó su libro», habría sido suficiente, pero se interponían cincuenta años de compostura y dominio de sí misma, amén de medio siglo de eufemismos. Con dificultades para entablar conversación, tuvo que recurrir a sus reservas de emergencia. No era exactamente: «¿Ha venido de muy lejos?», sino su equivalente literario. «¿De dónde saca sus ideas? ¿Tiene un horario fijo de trabajo? ¿Escribe directamente en el ordenador?», eran preguntas que ella sabía engorrosas y tópicas, pero había que evitar un incómodo silencio.

Un escritor escocés se reveló particularmente temible. A la pregunta de dónde le venía la inspiración, dijo brutalmente: «No viene, Majestad. Hay que salir a buscarla.»

Cuando ella lograba expresar —y casi tartamudear— su admiración, esperando que el autor (concluyó que los hombres eran mucho peores que las mujeres) le dijera cómo había escrito el libro en cuestión, él, al responderle, pasaba por alto su entusiasmo de lectora y se empeñaba en hablar no del gran éxito que acababa de escribir, sino del texto en que estaba trabajando ahora y en lo lentamente que avanzaba, razón por la cual, se lamentaba, mientras daba un sorbo de champán, era el ser más desgraciado de la tierra.

La reina no tardó en llegar a la conclusión de que probablemente lo mejor era conocer a los escritores en las páginas de sus novelas, y más bien como productos de la imaginación del lector, al igual que los personajes de sus libros. No parecían agradecer que alguien hubiera tenido la gentileza de leer sus escritos. Al contrario, parecían haber tenido la amabilidad de escribirlos.

En principio había pensado que estas veladas fueran regulares, pero la primera bastó para desencantarla. Con una era suficiente. A Sir Kevin, nada entusiasta de la iniciativa, le alivió saberlo y señaló que si la reina organizaba una recepción para los escritores tendría que convocar otra semejante para los artistas, y tras haber organizado encuentros con escritores y artistas era de esperar que recibiese asimismo a los científicos.

—Para que no la acusen de parcialidad, señora.

Bueno, ya no existía este riesgo.

Con cierta razón, Sir Kevin culpaba a Norman de la deslucida velada literaria, pues él había alentado a la reina cuando ella le sondeó sobre el asunto. Tampoco Norman se lo había pasado en grande. Por tratarse de literatura, la proporción de gays entre los asistentes era muy elevada, y a algunos les habían invitado a petición

expresa de Norman. No le había sido nada provechoso. Aunque, al igual que los demás pajes, estaba sirviendo entre los corros las bebidas y los bocados que las acompañaban, Norman conocía, a diferencia de sus colegas, la reputación y el prestigio de cada escritor al que le acercaba la bandeja. Incluso había leído sus obras. Pero ellos no se congregaban en torno de Norman, sino de los pajes guapitos y de los asistentes más altivos, que, como Norman dijo amargamente (aunque no a la reina), no reconocerían a un gigante de la literatura aunque chocaran con él. No obstante, a pesar de lo desafortunada que fue la experiencia de recibir a la «palabra viva», la reina no perdió (como Sir Kevin esperaba) su afición a la lectura. La disuadió de conocer a escritores, y en cierta medida de leer a autores vivos. Pero esto sólo significaba que tenía más tiempo para los clásicos, para Dickens, Thackeray, George Eliot y las Bronte.

Todos los martes por la noche la reina recibía al primer ministro, que la informaba de lo que él creía que ella debía hacer. La prensa se complacía en describir estos encuentros como los de una monarca experimentada y juiciosa que guía al premier para que sortee los posibles escollos y que para asesorarle recurre a su acopio inigualable de experiencia política, acumulada durante los más de cincuenta años que llevaba en el trono. Lo cual era un mito que el propio palacio contribuía a divulgar, pues la verdad era que cuanto más tiempo llevaban en el cargo los primeros ministros menos escuchaban y más hablaban, mientras la reina asentía con un gesto, aunque no siempre de conformidad.

Al principio querían que ella les tomara de la mano, y cuando iban a verla era para que les acariciase y les diera una palmadita de aprobación, a semejanza del niño que quiere enseñar a su madre lo que ha hecho. Y, como tan a menudo ocurría con ella, lo que se esperaba era que diera muestras de interés, de preocupación. Los hombres (y esto incluía a la señora Thatcher) querían exhibición. En esta etapa, sin embargo, todavía la escuchaban y hasta le pedían consejo, pero a medida que pasaba el tiempo, cuando ya no necesitaban el aliento de la reina y la trataban más bien como a un auditorio y escucharla ya no estaba en el orden del día, todos los premiers, con una similitud desoladora, imprimían a su voz un tono profesoral. No sólo Gladstone se dirigía a la reina como si ella fuese el público de un mitin.

La entrevista de aquel martes había seguido la pauta habitual y se acercaba a su fin cuando la reina consiguió introducir una palabra y hablar de un tema que le interesaba realmente.

—Mi alocución navideña.

—¿Sí, señora? —dijo el primer ministro.

—He pensado que este año podríamos hacer algo distinto.

—¿Distinto, señora?

—Sí. Que estuviera sentada leyendo o, aún mas informal, que la cámara me

enfocara repantigada con un libro y se aproximase hasta plano medio, ¿se dice así?, y entonces levantara la vista y dijera: «Estoy leyendo este libro sobre tal y cual», y que así empezara la emisión.

—¿Y qué libro sería, señora? —preguntó el premier, con aire desdichado.

—Tendría que pensármelo.

—¿Uno que tratase de la situación mundial, quizá? —se animó el político.

—Podría ser, aunque los periódicos ya dan suficiente información al respecto. No. La verdad es que pensaba en poesía.

—¿Poesía, señora? —sonrió él, fríamente.

—Thomas Hardy, por ejemplo. El otro día leí un poema buenísimo sobre cómo se unieron el *Titanic* y el iceberg que lo hundió. Se titula «La convergencia de dos». ¿Lo conoce?

—No, señora. Pero ¿de qué le serviría?

—¿Le serviría a quién?

—Pues —y al primer ministro pareció que le avergonzaba una pizca tener que decirlo— al pueblo.

—Oh —dijo la reina—, sin duda le enseñaría que todos dependemos del destino, ¿no?

Miró al premier con una sonrisa solícita. Él se miró las manos.

—No sé si el gobierno podría respaldar ese mensaje.

Al público no se le debía permitir pensar que era imposible controlar el mundo. Era un camino que conducía al caos. O a perder las elecciones, que era lo mismo.

—Me han dicho —prosiguió, y ahora fue de él la sonrisa solícita— que hay una filmación excelente de la visita de Su Majestad a Sudáfrica.

La reina suspiró y pulsó el timbre.

—Lo pensaremos.

El premier supo que la audiencia había terminado cuando Norman abrió la puerta y aguardó. «Así que aquí tenemos al famoso Norman», pensó.

—Ah, Norman —dijo la reina—. Al parecer, el primer ministro no ha leído a Hardy. Quizá a la salida puedas encontrarle alguna de nuestras viejas ediciones en rústica.

Para su sorpresa, la reina se salió con la suya, y aunque no apareció repantigada en el sofá sino sentada delante de su mesa habitual, y aunque no leyó el poema de Hardy (rechazado por no ser «progresista»), empezó su alocución navideña con el párrafo inicial de *Historia de dos ciudades* («Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos»), pero lo hizo muy bien. Al leer directamente del libro, y no del teleprompter, recordó a sus oyentes más viejos (que eran la mayoría) a aquellos maestros que les leían en la escuela y de los que algunos todavía se acordaban.

Estimulada por la acogida dispensada a su discurso navideño persistió en su idea

de leer en público, y una noche, tarde, al cerrar el libro sobre el Acta de Supremacía de Isabel I, se le ocurrió llamar al arzobispo de Canterbury.

Hubo una pausa mientras él bajaba el volumen del televisor.

—Arzobispo, ¿por qué yo nunca hago la lectura?

—¿Cómo dice, señora?

—En la iglesia. Todos los demás leen alguna vez y nosotros nunca lo hemos hecho. No está establecido, ¿verdad? ¿No está prohibido?

—No, que yo sepa, señora.

—Bien. Pues en ese caso me voy a estrenar. Levítico, por ahí empiezo. Buenas noches.

El arzobispo movió la cabeza y siguió viendo el concurso de baile.

Pero en adelante, sobre todo cuando estaba en Escocia o en Norfolk, Su Majestad comenzó sus asiduas sesiones ante el atril. Y no sólo ante el atril. Al visitar una escuela primaria de Norfolk se sentó en un pupitre y leyó un cuento del elefante Babar a los niños. Al tomar la palabra en un banquete municipal, obsequió a los asistentes con un poema de Betjeman, desviaciones improvisadas del programa que encantaron a todos, salvo a Sir Kevin, a quien no se molestó en pedir permiso.

Tampoco estaba programado el cierre de la ceremonia de plantación de un árbol. Tras haber enterrado levemente un roble joven en la tierra recuperada de una inhóspita granja urbana, encima del Medway, depositó la pala y recitó de memoria el poema «Los árboles» de Philip Larkin, con su estrofa final:

Mas aún los castillos intranquilos
cada mayo trillan su espesor pleno,
como si dijeran el año pasado ha muerto,
renace, resucita, recomienza.

Y a medida que la voz inconfundible y clara se imponía sobre la hierba ajada y zarandeada por el viento, era como si no sólo se dirigiera al cabildo apiñado, sino también a sí misma, como si estuviera invocando su vida y el recomienzo fuera el suyo propio.

No obstante, aunque la lectura la absorbiese, lo que la reina no había previsto era la gran dosis de entusiasmo que perdía para todo lo demás. Es cierto que el corazón no le daba un vuelco de alegría ante la perspectiva de inaugurar una piscina nueva; pero hasta entonces no le había disgustado hacerlo. Por tediosas que hubieran sido sus obligaciones —visitar esto, hacer entrega de aquello—, nunca se había aburrido. Era su deber y todas las mañanas, al abrir el libro de sus compromisos, lo hacía siempre con interés o curiosidad.

Ya no. Ahora sólo le inspiraba temor examinar el inexorable avance de los años de giras, viajes y tareas que se avecinaban. Apenas había un día que pudiese considerar suyo, y nunca dos seguidos. De pronto todo aquello se había vuelto una

lata.

—La señora está cansada —decía su sirvienta, al oírla rezongar ante su mesa—. Es hora de que la señora se tome algún descanso.

Pero no era eso. Era la lectura, y había veces que deseaba no haber abierto nunca un libro y entrado en otras vidas. La había echado a perder. O al menos la había echado a perder para su oficio.

Entretanto iban y venían los visitantes más ilustres, entre ellos el presidente de Francia, que resultó ser un chasco al respecto de Genet. La reina se lo mencionó al ministro de Exteriores en la acostumbrada sesión informativa de después de estas visitas, pero él tampoco había oído hablar del dramaturgo-convicto. No obstante, dijo ella, desviándose bastante de los comentarios que el presidente había hecho sobre los acuerdos monetarios anglo-franceses, aunque no le había servido para nada en el caso de Genet («un habitante de los billares»), había resultado ser una mina de información sobre Proust, que hasta entonces no había sido más que un mero nombre para la reina. Puesto que para el ministro de Exteriores ni siquiera era esto, ella tuvo ocasión de instruirle un poco.

—Una vida terrible, el pobre hombre. Un mártir del asma, y realmente alguien a quien habríamos querido decirle: «Oh, pon un poco más de empeño.» Pero la literatura está llena de gente así. Lo curioso de él era que cuando mojaba el bizcocho en el té (asquerosa costumbre), se acordaba de todo su pasado. Bueno, yo probé a hacerlo y no produjo ningún efecto. El gusto real cuando era niña eran los Fuller's. Supongo que con uno de éstos podría funcionar, pero hace tiempo que no existen, así que nada de recuerdos. ¿Hemos acabado? —Fue a por su libro.

La ignorancia de la reina sobre Proust, a diferencia de la del ministro, pronto tendría remedio, pues Norman lo buscó inmediatamente en Internet y averiguó que como la novela constaba de trece volúmenes sería una lectura ideal para la reina durante las vacaciones de verano en Balmoral. Además añadieron a los tomos la biografía de Proust escrita por George Painter. Y al ver las tapas azules y rosas de los volúmenes alineados en la mesa de su escritorio, la reina pensó que parecían casi comestibles y recién salidos del escaparate de una pastelería.

Fue un verano inmundo, frío, húmedo e improductivo, en que las escopetas refunfuñaban cada noche ante su mísero morral. Pero para la reina (y para Norman) fue un idilio. Rara vez ha podido haber mayor contraste entre el mundo de un libro y el lugar en que ha sido leído, reina y paje enfrascados en los sufrimientos de Swann, las nimias vulgaridades de Madame Verdurin y los desatinos del barón de Charlus, mientras en la cima mojada de las colinas las escopetas tocaban a retreta y por el vestíbulo se arrastraba a algún que otro venado muerto y empapado.

Era un deber del primer ministro y de su esposa pasar unos días en la residencia veraniega, y aunque él no era cazador esperaba al menos acompañar a la reina en

algunos paseos a paso ligero por los brezales, con la intención, como él dijo, de «conocerla mejor». Pero sabía de Proust aún menos que de Thomas Hardy, así que sufrió una decepción: los esperados vis a vis no estaban programados.

Terminado el desayuno, Su Majestad se retiraba a su estudio con Norman, los hombres subían a sus Land Rovers para otra jornada frustrante y al primer ministro y a su esposa los dejaban que se las compusieran solos. Algunos días recorrieron el brezal y atravesaron el páramo para un picnic incómodo y pasado por agua con los cazadores, pero por la tarde, tras haber agotado la oferta comercial de la región comprando una manta de viaje de tweed y una caja de galletas de mantequilla escocesas, se les veía jugando una triste partida de Monopoly en un rincón alejado del salón.

Cuatro días de este régimen fueron más que suficientes e, inventando un pretexto («agitación en Oriente Medio»), el premier y su esposa decidieron marcharse antes de tiempo. La última noche se organizó una charada deprisa y corriendo. Al parecer una de las prerrogativas menos conocida de la soberana era elegir cada frase o dicho conocido, y si bien ella debía de conocerlos bien, fueron un misterio para todos los demás, incluido el jefe del gobierno.

Al premier no le gustaba perder, ni siquiera con la reina, y no le consoló que uno de los príncipes le dijera que sólo podía ganar ella, ya que las preguntas (varias sobre Proust) las ponía Norman, que las sacaba de las lecturas de ambos.

El primer ministro estaba más ofendido que si la reina hubiera reivindicado un montón de privilegios en desuso desde tiempo atrás, y no bien hubo regresado a Londres envió a su consejero especial ante Sir Kevin, que se condolió del gobernante y declaró que en realidad Norman era un fardo para todos. El consejero especial no se inmutó.

—¿No es mariquita ese Norman?

Sir Kevin no lo sabía seguro, pero lo creía posible.

—¿Y ella lo sabe?

—¿Su Majestad? Probablemente.

—¿Y la prensa?

—Creo que la prensa —dijo Sir Kevin, apretando y aflojando los músculos de las mejillas— es lo último que queremos.

—Exacto. Entonces, ¿puedo dejarlo en sus manos?

El programa preveía una inminente visita de Estado a Canadá, un honor que Norman estaba dispuesto a declinar, pues prefería pasar las vacaciones en su casa de Stockton on Tees. Sin embargo, hizo de antemano todos los preparativos y empaquetó con todo esmero una caja de libros que mantendría a Su Majestad plenamente ocupada de una costa a la otra. Que Norman supiera, los canadienses no leían mucho y la agenda era tan apretada que la reina tendría pocas oportunidades de curiosear en

una librería. Ella aguardaba con impaciencia el viaje, ya que en gran parte era un viaje en tren, y se imaginaba transportada en feliz reclusión por el continente, pasando las páginas de Pepys, a quien estaba leyendo por primera vez. Pero la gira, o al menos el comienzo de ella, resultó desastrosa. La reina estaba aburrida, tristona y poco dispuesta a colaborar, deficiencias que los asistentes de buena gana habrían atribuido a la lectura, de no ser porque ella no tenía libros, pues los que Norman le había empaquetado inexplicablemente se extraviaron. Expedidos desde Heathrow con la comitiva real, aparecieron meses después en Calgary, donde fueron objeto de una insólita exposición en la biblioteca local. Pero entretanto Su Majestad no tenía nada en que ocupar el pensamiento y en vez de concentrar la atención en su cometido, lo cual había sido el objetivo de Sir Kevin al organizar el extravío de los libros, no tener nada que hacer sólo sirvió para ponerla quisquillosa y de mal humor.

En el polo Norte aguardaban a la reina los pocos osos polares que habían conseguido reunir, pero como ella no se presentó saltaron a un témpano que les pareció más prometedor. Los troncos se atascaban, los glaciares se deslizaban hacia las aguas congeladas, pero de todo ello hizo caso omiso la visitante real, encerrada en su camarote.

—¿No quieres ver el canal de Lawrence? —le preguntó su marido.

—Lo inauguré hace cincuenta años. Supongo que no habrá cambiado.

A las Montañas Rocosas no les dedicó más que una simple mirada, y pasó totalmente de las cataratas del Niágara («Las he visto tres veces»), que el duque fue a ver solo.

Sucedió, empero, que en una recepción organizada para notables de la cultura canadiense la reina se puso a hablar con Alice Munro, y al enterarse de que era novelista y escribía relatos le pidió un libro suyo que le gustó muchísimo. Mejor todavía, resultó que había muchos más en el lugar de donde había salido aquél y que la señora Munro se apresuró a facilitárselos.

—¿Existe un placer más grande —confesó la reina a su vecino, el ministro de Comercio Exterior canadiense— que encontrar a una autora que te gusta y descubrir que no sólo ha escrito un libro o dos, sino una docena como mínimo?

Y todos, aunque esto no lo dijo, en rústica y de un tamaño que cabía en el bolso. De inmediato envió una postal a Norman diciéndole que sacara de la biblioteca los pocos que estaban agotados y los guardara hasta su regreso. ¡Oh, qué delicia!

Pero Norman ya no estaba allí.

La víspera del día de su partida a los placeres de Stockton on Tees, Norman fue convocado al despacho de Sir Kevin. El consejero especial del primer ministro le había dicho que despidiera a Norman; a Sir Kevin le desagradaba el consejero; Norman no le gustaba mucho pero el consejero especial le gustaba aún menos, y esto fue lo que salvó el cocido de Norman. Además, Sir Kevin consideraba vulgar el

despido. No despediría a Norman. Había una solución más limpia.

—Su Majestad siempre se preocupa de la mejora de sus empleados —dijo con benevolencia el secretario privado—, y aunque está más que satisfecha con su trabajo, se pregunta si alguna vez ha pensado en ir a la universidad.

—¿A la universidad? —dijo Norman, que no lo había pensado.

—En concreto, a la Universidad de East Anglia. Tienen un departamento de inglés muy bueno y, de hecho, un curso de escritura creativa. Sólo tengo que mencionar los nombres de —(Sir Kevin consultó su bloc de notas)— Ian McEwan, Rose Tremain y Kazuo Ishiguro...

—Sí —dijo Norman—. Los hemos leído.

Sir Kevin crispó la cara al oír aquel «hemos» y dijo que, en su opinión, East Anglia estaría muy bien para Norman.

—¿Cómo lo pago? —dijo él—. No tengo dinero.

—Eso no es un problema. Verá, Su Majestad no desea entorpecer sus estudios.

—Creo que prefiero quedarme aquí —dijo él—. Es como estar estudiando.

—Sí... —dijo el secretario privado—. Pero no será posible. Su Majestad ha pensado en otra persona. Por supuesto —sonrió, obsequioso—, su trabajo en la cocina siempre le estará esperando.

Así que cuando la reina volvió de Canadá, Norman ya no estaba instalado en su silla habitual del pasillo. No sólo había desaparecido la silla, tampoco estaba la reconfortante pila de libros que se había acostumbrado a encontrar encima de la mesilla de noche. Ante todo no había nadie con quien comentar las excelencias de Alice Munro.

—Norman no caía bien, señora —dijo Sir Kevin.

—Me caía bien a mí —dijo ella—. ¿Adónde ha ido?

—No lo sé, señora.

Norman, sensible como era, escribió a la reina una larga y afectuosa carta sobre los estudios que estaba cursando y los libros que tenía que leer, pero cuando recibió una contestación que empezaba: «Gracias por su carta, que Su Majestad ha leído con gran interés», supo que le habían echado, aunque no quién había sido, si la reina o el secretario privado.

Si Norman ignoraba quién había urdido su partida, la reina no albergaba ninguna duda. Norman había seguido el mismo camino que la biblioteca ambulante y la caja de libros que fue a parar a Calgary. Como el libro que había escondido detrás del almohadón en la carroza real, tenía suerte si no había explotado. Y añoraba a Norman, desde luego. Pero no llegó ninguna carta, ninguna nota, y lo único que podía hacer era seguir tristemente su camino. Su ausencia no le impediría seguir leyendo.

Podría parecer sorprendente y dar una imagen pobre de su carácter que la reina no mostrase más pesar por la súbita partida de Norman. Pero ausencias repentinas y

partidas bruscas habían sido siempre una característica de su vida. Por ejemplo, rara vez le informaban de si alguien estaba enfermo; a una reina había que exonerarla de sentimientos como la congoja o la compasión, o eso pensaban sus cortesanos. Cuando, como por desgracia acontecía, la muerte se llevaba a un sirviente o en ocasiones a un amigo, la reina solía ser la última en enterarse de que algo malo había sucedido. «No debemos preocupar a Su Majestad» era una consigna para todos sus sirvientes.

Norman, por supuesto, no había muerto, sólo se había ido a la Universidad de East Anglia, pero desde el punto de vista de los asistentes venía a ser lo mismo, una vez apartado de la vida de Su Majestad dejaba de existir: ni ella ni nadie de su entorno lo mencionaría más. No era culpa suya, en esto coincidían, la reina nunca tenía la culpa de nada. La gente se moría, la gente se marchaba y (cada vez más) la gente salía en los periódicos. Para la reina todas eran partidas, de un tipo u otro. Ellos se iban, y ella se quedaba.

En honor a la verdad, antes de la misteriosa desaparición de Norman, ella había empezado a preguntarse si no estaría dejando atrás al chico... o, mejor dicho, leyendo más que él. Hubo un tiempo en que él fue un guía humilde y directo hacia el mundo de los libros. La había asesorado sobre lo que leer y no había vacilado en decirle cuándo, a su entender, ella aún no estaba preparada para un texto. A Beckett, por ejemplo, se lo había retenido largo tiempo, así como a Nabokov, y sólo poco a poco le había ido introduciendo en Philip Roth (cuyo *Lamento de Portnoy* ocupó uno de los últimos puestos de la lista).

Con el paso del tiempo, sin embargo, Su Majestad había empezado a leer lo que le apetecía y Norman hacía lo mismo. Hablaban de sus respectivas lecturas, pero ella tenía la sensación creciente de que su vida y experiencia le daban ventaja; los libros sólo eran útiles hasta cierto punto. Además, había advertido que las preferencias de Norman a veces eran sospechosas. En igualdad de condiciones, tendía a preferir autores gay, de ahí su conocimiento de Genet. Algunos le gustaban —las novelas de Mary Renault, por ejemplo, la fascinaban—, pero no tanto otros de creencias heréticas, como Dentón Welch (un predilecto de Norman), que le parecía demasiado morboso, e Isherwood (no tenía tiempo para sus meditaciones). Era una lectora rápida y directa; no quería *regodearse* en nada.

Pero ahora que estaba sola mantenía conversaciones más largas consigo misma y ponía por escrito cada vez más pensamientos, con lo que sus libretas se multiplicaban y ampliaban su temática. «La clave de la felicidad es no creerse investido de ningún derecho.» Añadió a esto un asterisco y escribió al pie de página: «No es una lección que yo haya tenido oportunidad de aprender.»

«Un día estaba imponiendo el *Companions of Honor*, creo que era a Anthony Powell, y hablábamos del mal comportamiento. Hombre de una notable buena

conducta, incluso convencional, comentó que un escritor siempre es un ser humano. Por el contrario (yo no lo dije), esto no vale para la reina. Yo tengo que parecer un ser humano en todo momento, pero no por fuerza serlo. Siempre he tenido y tengo personas que lo hacen por mí.»

Además de ideas de este tipo, empezó a escribir descripciones de personas a las que conocía, no todas ellas famosas necesariamente: sus excentricidades, su modo de hablar y también historias que le contaban, muchas veces confidenciales. Cuando aparecía en los periódicos una noticia escandalosa sobre la familia real, consignaba en su libreta los hechos tal como habían sido. Cuando algún escándalo no llegaba a hacerse público lo anotaba igualmente, con ese tono sensato y realista que empezaba a reconocer y hasta disfrutar como su estilo.

Ausente Norman, sus lecturas no disminuyeron, aunque cambiaron de rumbo. Si bien seguía pidiendo libros a la Biblioteca de Londres y a librerías, ya no era un secreto de ambos. Ahora tenía que pedirselos a su dama de compañía, que a su vez se los pedía al contable, y así sucesivamente. Era un proceso pesado y en ocasiones lo sorteaba pidiendo a algún nieto del círculo más periférico que le consiguiera libros. Ellos lo hacían con gusto y complacidos de que les recordase, porque la gente apenas conocía su existencia. Pero la reina empezó a coger cada vez más libros de sus propias bibliotecas, en especial de la de Windsor, que tenía un número de autores modernos limitado pero en cuyos anaqueles abundaban ediciones de los clásicos, algunos, por supuesto, autografiados: obras de Thackeray, Balzac, Turguéniev, Dickens, Trollope, George Eliot, Hardy, que en otro tiempo habría juzgado inaccesibles, pero que ahora recorría de principio a fin, con el lápiz siempre a mano, y reconciliándose en el proceso incluso con Henry James, cuyas divagaciones a estas alturas le parecían bien. «Al fin y al cabo», anotó en su libreta, «las novelas no se escriben en línea recta.» Viéndola sentada en la ventana para aprovechar la última luz del día, el bibliotecario pensó que aquellas estanterías antiguas no habían visto una lectora tan asidua desde la época de Jorge III.

El bibliotecario de Windsor fue uno de los muchos que elogiaron a Su Majestad los encantos de Jane Austen, pero bastó que todo el mundo le dijera cuánto le gustarían sus obras para que se le quitaran las ganas de leerlas. Por otra parte, leer a Jane Austen en concreto presentaba para ella impedimentos muy personales: había tal abismo entre la monarca y hasta el más ilustre de sus súbditos, que las otras diferencias sociales en cierto modo no le eran perceptibles. Puesto que las distinciones sociales constituían la esencia de los escritos de Jane Austen, y a la reina le parecían más intrascendentes que a un lector ordinario, su lectura le resultaba particularmente fatigosa. Para empezar, en todo caso, la suya venía a ser una obra de entomología en la que los personajes no eran del todo hormigas pero que a la lectora real le parecían tan iguales, que necesitaba un microscopio. Sólo cobraron

individualidad y encanto a medida que ella adquiría una mayor comprensión de la literatura y la naturaleza humana.

De igual manera y por la misma razón desestimó el feminismo, por lo menos al principio, pues las diferencias de sexo, lo mismo que las de clase, no eran nada comparadas con la sima que separaba a la reina del resto de la humanidad.

Al final, sin embargo, terminaba superando los escollos de Jane Austen, el feminismo y hasta Dostoievski, así como vencía muchos otros, pero nunca sin dejar de lamentarlo. Años atrás se había sentado al lado de Lord David Cecil en una comida celebrada en Oxford y no había encontrado forma de entablar conversación. Ahora sabía que él había escrito libros sobre Jane Austen, entre otros muchos, y en la actualidad habría gozado del encuentro. Pero Lord David había muerto y era demasiado tarde. Siempre lo era. Pero ella seguía adelante, tan resuelta como siempre a ponerse al día.

También la vida en la casa real seguía su curso con la fluidez de siempre, y los traslados de Londres a Windsor, a Norfolk y a Escocia se realizaban sin un esfuerzo aparente, al menos por su parte, de tal manera que a veces se sentía casi un excedente de un procedimiento cuyas transferencias y traslaciones se efectuaban al margen de la persona que constituía su centro. Era un ritual de partidas y llegadas en el que ella no era más que una parte del equipaje, la más importante, no cabía duda, pero equipaje al fin y al cabo.

En un aspecto estas peregrinaciones habían mejorado con respecto al pasado, y era que la figura alrededor de la cual giraba todo solía tener la nariz hundida en un libro. Se subía al coche en Buckingham Palace y se apeaba en Windsor sin abandonar en ningún momento el puesto del capitán Crouchback durante la evacuación de Creta. Voló a Escocia feliz en la compañía (a ratos exasperante) de Tristram Shandy, y cuando se aburría de él Trollope (Anthony) nunca estaba lejos. Así se convirtió en una viajera flexible y poco exigente. Ciertamente que ya no era tan puntual como antes y la imagen del vehículo aguardando debajo del toldo en el patio se había vuelto familiar, como la del duque cada vez más irritado en el asiento trasero. Pero cuando por fin subía deprisa al coche nunca estaba enfadada, no en vano tenía su libro.

Pero la casa real no gozaba de este solaz y los asistentes de la reina, en particular, se estaban volviendo cada vez más críticos e impacientes. Por exquisitos que sean sus modales, el mayordomo es fundamentalmente un director de escena; siempre consciente de cuándo se requiere deferencia, sabe asimismo que se trata de una representación que él (o bien, en ocasiones, ella) dirige y en la que la reina es la protagonista.

El público o los espectadores —todos los son, tratándose de la reina— saben que es una función de teatro, aunque les guste decirse a sí mismos que no lo es del todo y pensar que, pese al teatro, han captado algún atisbo de conducta más «natural», más

«auténtica»: por ejemplo, la frase suelta entreoída («Daría cualquier cosa por un gintonic», de la reina madre; «Puñeteros perros», del duque de Edimburgo) o la imagen de la reina sentándose en una recepción al aire libre y quitándose agradecida los zapatos. Claro que, en verdad, estos momentos de presunto descuido son también una representación de la familia real en su estampa más hierática. Este espectáculo, o número secundario, podría denominarse jugar a ser normal, pero es tan artificioso como la más formal aparición pública, aunque quienes lo presencian crean que la reina muestra su faceta más natural y humana. Formal o informal, constituye parte de la representación que la monarquía hace de sí misma y en la que colaboran los asistentes, y que, aparte de esos momentos en apariencia naturales, el público juzga prácticamente perfecta. Pero poco a poco los asistentes notaron que aquellos instantes de supuesta sinceridad, vislumbres de la reina «tal como es en realidad», eran cada vez menos frecuentes. Por mucha diligencia con que Su Majestad cumpliera sus deberes, era lo único que hacía y ya nunca intentaba, por así decirlo, romper filas, y rara vez hacía observaciones supuestamente espontáneas («Cuidado», decía a veces cuando prendía una medalla en un joven, «no quiero traspasarle el corazón») que uno se llevaba a casa y guardaba como un tesoro, junto con la tarjeta de invitación, el pase para el aparcamiento y el mapa de las dependencias palaciegas.

Ahora la reina era formal y risueña y aparentaba ser sincera, pero sin florituras y sin ninguna de aquellas salidas en teoría campechanas con las que solía suavizar el protocolo. «Mala función», pensaban los asistentes, y era exactamente lo que querían decir: una «mala función» en la que Su Majestad había brindado un espectáculo soso. Pero ellos no estaban en condiciones de criticar este fallo, pues también se habían confabulado en fingir que tales momentos eran naturales e improvisados, un desbordamiento involuntario del sentido lúdico de la reina.

Un día hubo una investidura.

—Estuvo menos espontánea esta mañana, señora —se atrevió a comentar uno de los más osados asistentes.

—¿Sí? —dijo la reina, a la que antaño le habría molestado aquella levísima crítica, pero a quien ya apenas le afectaban—. Creo que ya sé por qué. Verá, Gerald, cuando se arrodillan vemos desde arriba la coronilla de mucha gente, y desde esa perspectiva hasta la persona más antipática nos conmueve: un halo de calvicie incipiente, el pelo que crece por encima del cuello. Casi tenemos sentimientos maternos.

El sirviente, a quien nunca le había hecho confidencias semejantes y que debería haberse sentido halagado, se sintió simplemente incómodo y violento. Había, en efecto, en la soberana un lado verdaderamente humano que hasta entonces él no había advertido y que (a diferencia de sus versiones falsas) no aprobaba del todo. Y mientras que la propia reina pensaba que tales sentimientos probablemente nacían de

sus lecturas, el joven creía que quizá denotasen los avances de la edad, confundiendo de este modo el despertar de la sensibilidad con el comienzo de la senectud.

Inmune a la turbación, como a cualquier otra cosa que ella causara, en otro tiempo no habría advertido el desconcierto del joven. Pero al detectarlo ahora decidió que en el futuro no sería tan indiscriminada a la hora de expresar lo que pensaba, lo cual en cierto modo era una lástima, pues era lo que muchos de sus súbditos ansiaban. Determinó, en suma, reservar las confidencias para sus libretas, donde no hacían daño a nadie. La reina nunca había sido efusiva; no la habían educado para serlo, pero en la actualidad, sobre todo en el período posterior a la muerte de la princesa Diana, la instaban cada vez más a que manifestara en público sentimientos que prefería guardarse para sí misma. En aquel entonces, sin embargo, todavía no había empezado a leer y sólo ahora comprendía que sus apuros no eran únicos y que los compartía, entre otros, con Cordelia. Escribió en su libreta: «Aunque no siempre entiendo a Shakespeare, el "no puedo elevar mi corazón hasta mis labios" de Cordelia es un sentimiento que estoy dispuesta a suscribir. Su problema es el mío.»

Aunque la reina era siempre discreta a la hora de escribir, el asistente no estaba tranquilo. Una o dos veces la había pillado escribiendo y lo consideró también indicio de un posible trastorno. ¿Qué escribía Su Majestad? Nunca había tenido el hábito de la escritura y, como todas las demás modificaciones de conducta en las personas mayores, se achacó al declive.

—Probablemente es Alzheimer —dijo otro de los jóvenes—. Hay que apuntarles las cosas, ¿verdad? —Lo cual, junto con una indiferencia creciente a las apariencias, indujo a sus colegas a temer lo peor.

Considerar que la reina padecía Alzheimer era obviamente algo horroroso en su aspecto «humano» y compasivo, pero para Gerald y los demás asistentes era deplorable de una forma más sutil. Le apenaba que Su Majestad, que siempre había llevado una vida enclaustrada, tuviera ahora que exhibir su deterioro indecoroso ante numerosos súbditos, pues a su entender la decadencia real merecía un entorno regio donde a su conducta (y la de los monarcas en general) se le concediese un grado mayor de libertad y hasta de rebeldía, antes de imponerle la denominación igualitaria de la conocidísima enfermedad de Alzheimer. Podría haber sido un silogismo, si Gerald hubiera sabido lo que era: el Alzheimer es común; la reina no es común y por lo tanto no puede sufrir Alzheimer.

No lo sufría, por supuesto, y de hecho sus facultades nunca habían sido más agudas, y a diferencia de Gerald ella sin duda habría sabido lo que era un silogismo.

Además, aparte de escribir en sus libretas y de su impuntualidad, bastante habitual ahora, ¿hasta dónde llegaba su deterioro? Un broche repetido o un par de zapatos puestos en días sucesivos: la verdad era que a Su Majestad le importaba poco, o le importaba menos que antes, y si ella se descuidaba, sus asistentes, que eran

humanos, empezaron a descuidarse más y a simplificar las cosas de una forma que la reina no habría tolerado antaño. Ella siempre se había vestido con sumo cuidado. Poseía un conocimiento enciclopédico de su vestuario y sus múltiples accesorios y era escrupulosa en anunciar los cambios en sus diversos atuendos. Ya no. Nadie juzgaría desaseada o negligente en el vestir a una mujer normal que se pusiera el mismo vestido dos veces en quince días. Pero en la reina, cuyas variaciones de vestuario se estudiaban hasta la última hebilla, aquellas repeticiones significaban un drástico descenso del grado de decoro que se había impuesto.

—¿No le importa a la señora? —preguntó atrevidamente la sirvienta.

—¿No me importa qué? —dijo la reina, respuesta, si se le puede llamar así, que no tranquilizó en absoluto a la sirvienta, sino que más bien la convenció de que el trastorno era grave, y al igual que los asistentes, el servicio doméstico empezó a prepararse para un prolongado declive.

Aunque la veía todas las semanas, el primer ministro no advirtió la ocasional falta de variedad indumentaria de la reina y el hecho de que luciera los mismos pendientes.

No siempre había sido así, y cuando empezó a ejercer su cargo felicitaba a Su Majestad con frecuencia por la ropa que llevaba y la discreción de sus alhajas. Él era entonces más joven, por supuesto, y consideraba esta conducta una galantería, aunque también eran nervios. Ella también era más joven, pero no nerviosa, y durante su largo reinado había adquirido las tablas suficientes para saber que era tan sólo una fase que atravesaban los primeros ministros (con la excepción de Heath y Thatcher), y que la galantería disminuiría a medida que los encuentros semanales perdiesen el brillo de la novedad.

Era otro aspecto del mito de la reina y su premier: la menor atención que éste prestaba a la apariencia personal de la soberana coincidía con su mayor desinterés hacia lo que ella dijese, el aspecto que tuviera y las opiniones que expresara, hasta el punto de que, con pendientes o sin ellos, cuando hacía algún comentario la reina se sentía como una azafata que recita las medidas de seguridad, y la expresión de benevolencia y distracción en la cara del político se parecía a la del pasajero que ha oído esas medidas muchas veces.

Sin embargo, el desinterés y el aburrimiento no eran una exclusiva de él, pues desde que había empezado a leer, la reina deploraba el tiempo que ocupaban aquellas entrevistas, así que se le ocurrió amenizarlas vinculándolas con sus estudios y lo que estaba aprendiendo de historia.

No fue una buena idea. El premier no creía totalmente en el pasado ni en que de él pudieran extraerse lecciones. Una noche en que hablaba de Oriente Medio, ella se aventuró a decir:

—Es la cuna de la civilización, ya sabe.

—Y lo será otra vez, señora, siempre que nos dejen continuar —dijo él, y se lanzó

disparado por la cuestión intempestiva de los kilómetros de alcantarillado que habían sido instalados y del suministro de subcentrales eléctricas.

Ella volvió a interrumpirle.

—Confiemos en que no sea en detrimento de los vestigios arqueológicos. ¿Sabe algo de Ur?

Él no sabía nada, y esa noche, más tarde, ella escribió en su libreta: «Las decisiones embotan la mente.»

Cuando él ya se iba, ella le buscó un par de libros instructivos sobre el tema. La semana siguiente le preguntó si los había leído (naturalmente no lo había hecho).

—Muy interesantes, señora.

—Pues en ese caso tendremos que buscarle algunos más. A mí me parece fascinante.

Esta vez salió a colación Irán y ella le preguntó si conocía la historia de Persia, o de Irán (él ni siquiera las relacionaba apenas), y le dio otro libro sobre el asunto, Su Majestad estaba cogiéndole gusto. Al cabo de dos o tres sesiones parecidas, los martes por la noche, que él hasta entonces había considerado un oasis relajante en el curso de la semana, se habían convertido en motivo de aprensión. Ella incluso le interrogaba sobre los libros, como si fueran los deberes escolares. Al descubrir que no los había leído sonreía con indulgencia.

—Mi experiencia con los primeros ministros, señor primer ministro, es que, con la excepción de MacMillan, prefieren que otros lean por ellos.

—Uno está atareado, señora —dijo el premier.

—Estamos atareados —convino ella, y tomó su libro—. Le veremos la semana que viene.

Al final Sir Kevin recibió una llamada del consejero especial.

—Su jefa le ha hecho pasar un mal rato a mi jefe.

—¿Sí?

—Sí. Le ha dado libros para leer. Es improcedente.

—A Su Majestad le gusta leer.

—A mí me gusta que me chupen la polla. Pero a mi jefe no le obligo a chupármela. ¿Se le ocurre algo, Kevin?

—Hablaré con Su Majestad.

—Hágalo, Kevin. Y dígale que corte el rollo.

Sir Kevin no habló con Su Majestad y mucho menos le dijo que cortase el rollo. En lugar de eso se tragó el orgullo y fue a ver a Sir Claude.

Sir Claude Pollington estaba leyendo en el jardincillo de su delicioso cottage del siglo XVII en Hampton Court, cedido graciosamente por la Corona. En realidad tenía intención de leer, pero dormitaba sobre una caja de documentos confidenciales enviados desde la biblioteca de Windsor, un privilegio que le habían otorgado como

antiguo servidor real, ahora nonagenario como mínimo, pero siempre empeñado en sus memorias, provisionalmente tituladas *Divina carga*.

Sir Claude había entrado en el servicio de palacio recién salido de Harrow, a los dieciocho años, como paje de Jorge V, y una de sus primeras tareas, que le encantaba evocar, había sido lamer los fijasellos con los que aquel rey atrabiliario y puntilloso pegaba los sellos en sus numerosos álbumes. «Si hubiera un problema en averiguar mi ADN», confesó una vez en el *talk show* de Sue Lawley, «bastaría con mirar el reverso de los sellos de docenas de álbumes, en especial, recuerdo, los sellos de Tanna Tuva, que Su Majestad consideraba de pésimo gusto, pero que se sentía obligado a coleccionar. Lo cual era típico de Su Majestad... concienzudo en extremo.» En el momento de elegir su canción, optó por la voz de Master Ernest Luff cantando «Oh, for the Wings of a Dove».

De cada superficie de su saloncito brotaban fotografías enmarcadas de los diversos miembros de la casa real a la que Sir Claude con tanta lealtad había servido. Aquí estaba en Ascot, sosteniendo los prismáticos del rey; acuclillado en el brezo mientras Su Majestad apuntaba a un ciervo lejano. Allá cerraba la marcha cuando la reina María salía de una tienda de antigüedades de Harrogate, y tapaba la cara del joven Pollington un paquete que contenía un jarrón Wedgewood, que a regañadientes un anticuario infortunado había regalado a Su Majestad. Acullá estaba también, con un jersey a rayas, ayudando a tripular el Nahlin en aquel aciago crucero por el Mediterráneo, y la mujer con la gorra marinera era una tal señora Simpson: una fotografía que andaba de un lado para otro y que nunca estaba a la vista cuando, como ocurría a menudo, Isabel, la reina madre, iba a su mesa a tomar el té.

Había pocas cosas de la familia real de las que Sir Claude no tuviera conocimiento. Después de Jorge V había prestado brevemente sus servicios a Eduardo VIII, y sin ninguna estridencia se había incorporado al plantel de servidores de su hermano Jorge VI. Había ocupado muchos cargos de la casa real, y había acabado ejerciendo el de secretario privado de la reina. Incluso mucho después de haberse jubilado solicitaban a menudo su consejo; era la encarnación viviente de aquel encomio de la clase dirigente: «un par de manos fiables».

Ahora, empero, las manos le temblaban bastante y no era tan cuidadoso como antaño con su higiene personal, y aun sentado con él en el jardín fragante Sir Kevin tuvo que contener la respiración.

—¿Vamos dentro? —dijo Sir Claude—. Podríamos tomar el té.

—No, no —se apresuró a decir Sir Kevin—. Aquí estamos mejor.

Explicó el problema.

—¿Leer? —dijo Sir Claude—. No es nada malo, ¿no? Su Majestad hace lo mismo que su tocaya, la primera Isabel. Era una lectora ávida. Por supuesto, entonces había menos libros. Y a la reina Isabel, la reina madre, le gustaban los libros. A la reina

María no, desde luego. Ni a Jorge V. Era un gran filatelista. Así empecé yo, ¿sabe? Lamiéndole los fijasellos.

Alguien más viejo todavía que Sir Claude sacó al jardín el té, que Sir Kevin se sirvió con prudencia.

—Su Majestad le tiene mucho aprecio, Sir Claude.

—Y yo también a ella —dijo el anciano—. Me ha subyugado desde que era una muchacha. Toda mi vida.

Y había sido una vida distinguida, con una buena guerra en la que el joven Pollington ganó varias medallas y elogios por su valentía, y donde acabó sirviendo en el estado mayor.

—He servido a tres reinas —le agradaba decir—, y me he llevado bien con todas. La única reina con la que nunca me entendí era el mariscal de campo Montgomery.

—Ella le escucha —dijo Sir Kevin, preguntándose si el bizcocho sería de fiar.

—Quiero creer que sí —dijo Sir Claude—. Pero ¿qué digo? Leer. Qué curioso. Coma.

Sir Kevin comprendió justo a tiempo que lo que había tomado por una capa de glas era moho, en realidad, y logró deslizar el bizcocho dentro de su cartera.

—¿No podría quizá recordarle sus deberes?

—A Su Majestad nunca ha hecho falta recordárselos. Excesivos deberes, a mi entender. Déjeme pensar...

Y el anciano caviló mientras Sir Kevin aguardaba.

Tardó un rato en percatarse de que Sir Claude se había dormido. Se levantó haciendo ruido.

—Iré a verla —dijo Sir Claude—. No salgo desde hace tiempo. ¿Me mandará un coche?

—Por supuesto —dijo Sir Kevin, estrechándole la mano—. No se levante.

Cuando se iba, Sir Claude le llamó.

—Usted es el neozelandés, ¿verdad?

—Creo —dijo el asistente— que sería aconsejable que Su Majestad recibiera a Sir Claude en el jardín.

—¿En el jardín?

—En el exterior, señora. Al aire libre.

La reina le miró.

—¿Quiere decir que huele?

—Por lo visto sí, señora.

—Pobre.

A veces se preguntaba dónde se pensaban que ella había vivido toda su vida.

—No. Tiene que subir aquí.

Pero no puso objeciones cuando el asistente se ofreció a abrir una ventana.

—¿Para qué quiere verme?

—No lo sé, señora.

Sir Claude entró apoyado en sus dos bastones, hizo una reverencia en el umbral y otra cuando Su Majestad le tendió la mano y le indicó con un gesto que se sentara. Aunque ella mantuvo una sonrisa amable y un porte inalterable, el asistente no había exagerado en absoluto.

—¿Cómo está usted, Sir Claude?

—Muy bien, Majestad. ¿Y usted, señora?

—Muy bien.

La reina aguardó, pero también Sir Claude, demasiado cortesano para hablar de un tema sin que le autorizaran.

—¿Para qué quería verme?

Mientras Sir Claude trataba de acordarse, la reina tuvo tiempo de advertir el fino arrecife de caspa que se le había formado debajo del cuello del abrigo, las manchas de huevo en la corbata y el cúmulo de escamillas alojadas dentro de sus grandes orejas colgantes. Aquella dejadez, que en otro tiempo no habría merecido su atención y le habría pasado inadvertida, ahora atrajo su mirada, alteró su compostura y hasta la dejó consternada. Pobre hombre. Y había combatido en Tobruk. Tenía que anotar aquello.

—La lectura, señora.

—No le entiendo.

—Su Majestad ha empezado a leer.

—No, Sir Claude. Siempre hemos leído. Sólo que últimamente leemos más.

Ahora, por supuesto, sabía a qué había venido y quién le había instigado a visitarla, y aquel testigo de la mitad de su vida, de ser un objeto digno de piedad, pasó a ocupar el puesto de un perseguidor más; se esfumó la compasión y recuperó el dominio de sí misma.

—No hay nada malo en leer, señora.

—Nos alivia oír eso.

—Es cuando se lleva al extremo. Ahí está lo malo.

—¿Está sugiriendo que racionemos las lecturas?

—Su Majestad ha llevado una vida tan ejemplar que el hecho de que se haya aficionado a leer es casi incidental. Más de uno se habría asombrado si hubiera puesto un fervor similar en cualquier otra empresa.

—Quizá. Pero nos hemos pasado la vida sin asombrar a nadie. A veces pensamos que no es algo de lo que jactarse.

—A la señora siempre le gustaron las carreras.

—Cierto. Sólo que ya no nos interesan mucho.

—Oh —dijo Sir Claude—. Es una lástima.

Después, viendo una asociación posible entre la lectura y las carreras de caballos:

—Su Majestad la reina madre era una gran admiradora de Dick Francis.

—Sí —dijo la reina—. He leído uno o dos libros suyos, pero no son gran cosa. Swift, en cambio, es muy bueno hablando de caballos.

Sir Claude asintió gravemente, sin haber leído a Swift y pensando que por allí no llegaría a ninguna parte.

Guardaron silencio un momento, pero fue lo bastante largo para que Sir Claude se quedara dormido.

Raramente le sucedía esto a la reina, y cuando le ocurría (un ministro del gobierno dormitando a su lado en una ceremonia, por ejemplo) su reacción era enérgica e inclemente. También ella estaba tentada a veces de dormirse, y quién no en su oficio, pero en vez de despertar al viejo se limitó a esperar, escuchando su respiración trabajosa, y se preguntó cuándo le tocarían a ella los achaques que la postrarán en un estado de invalidez similar. Sir Claude se había presentado con un mensaje, cosa que ella entendía y que le molestaba, pero quizá el mensaje fuera él mismo, un presagio del ingrato futuro.

Cogió la libreta de la mesa y la dejó caer al suelo. Sir Claude despertó asintiendo y sonriente, como si apreciara algo que la reina acababa de decir.

—¿Cómo van sus memorias? —preguntó ella.

Sir Claude llevaba tanto tiempo redactándolas que eran objeto de bromas en la casa real.

—¿Hasta dónde ha llegado?

—Oh, no son consecutivas, señora. Escribo un poco todos los días.

No era verdad, por supuesto, y sólo para que la reina no le interrogase más sobre el asunto, se le adelantó con otra pregunta.

—¿Alguna vez Su Majestad ha pensado en escribir?

—No —contestó la reina, aunque era mentira—. ¿De dónde sacaríamos el tiempo?

—Lo saca para leer.

Era una reprimenda y ella no encajaba muy bien que la riñesen, pero por el momento lo pasó por alto.

—¿Qué íbamos a escribir nosotros?

—Su Majestad ha vivido una vida interesante.

—Sí —dijo ella—. Así es.

Lo cierto era que Sir Claude no tenía idea de lo que la reina debería escribir o incluso de si debería escribirlo, y sólo le había sugerido la escritura para apartarla de la lectura y porque según su experiencia rara vez se escribía. Era un *impasse*. Llevaba veinte años redactando sus memorias y ni siquiera había escrito cincuenta páginas.

—Sí —dijo, con firmeza—. Su Majestad debe escribir. Pero yo puedo darle un

consejo. No empiece por el principio. Es un error que yo cometí. Empiece por la mitad. La cronología es muy disuasoria.

—¿Alguna cosa más, Sir Claude?

La reina esbozó una sonrisa de par en par. La entrevista había concluido. Siempre había sido un misterio para Sir Claude cómo transmitía ella esta información, pero era tan clara como si hubiese sonado un timbre. Se puso en pie con esfuerzo mientras el asistente abría la puerta, hizo una reverencia, al llegar a la puerta se volvió para hacer otra y luego recorrió despacio el pasillo sobre los dos bastones, uno de ellos obsequio de la reina madre.

De nuevo en la habitación, la reina abrió más la ventana para que entrara la brisa del jardín. Al regresar el asistente, la reina arqueó las cejas para indicarle la silla donde se había sentado Sir Claude y cuyo satén manchaba ahora un cerco húmedo. El hombre se llevó la silla en silencio y la reina cogió su libro y su cárdigan para bajar al jardín.

Cuando el asistente volvió con otra silla, ella ya había salido a la terraza. El posó la silla con la destreza de una larga práctica y rápidamente ordenó la habitación, y al hacerlo vio la libreta de la reina en el suelo. La recogió y antes de depositarla encima de la mesa se preguntó por un momento si en ausencia de la soberana podría echar una ojeada al contenido. Sólo que en aquel instante ella reapareció en el umbral.

—Gracias, Gerald —dijo, y extendió la mano.

Él le dio el libro y ella salió.

—Mierda —dijo Gerald—. Mierda. Mierda.

No le faltaban razones para la expresión, pues unos días después Gerald ya no estaría al servicio de Su Majestad y, en realidad, tampoco seguiría en la casa real, sino que, reincorporado a su casi olvidado regimiento, recorrería bajo la lluvia los páramos de Northumberland. La rapidez y la crueldad de aquel despido casi Tudor transmitió el mensaje correcto, como habría dicho Sir Kevin, y al menos puso punto final a cualesquiera otros rumores de decadencia senil. La señora volvía a ser la misma.

Nada de lo que Sir Claude había dicho tenía el menor peso, pero se sorprendió pensando en ello la noche que en el Albert Hall hubo un concierto en su honor. La música nunca había sido un gran recreo para ella, siempre la había considerado una obligación, y el repertorio familiar se limitaba en gran parte a los conciertos a los que ella había tenido que asistir. Pero esta noche la música parecía más relevante.

Mientras un chico tocaba el clarinete pensó que había una voz que todo el mundo en el auditorio conocía y reconocía, la de Mozart, aunque el músico llevara doscientos años muerto. Y recordó a Leonard Bast en *Regreso a Howards End* imaginando a Beethoven, otra voz que todo el mundo conocía, en el concierto en el Queen's Hall que Forster describe.

El chico terminó, el público aplaudió y la reina se inclinó hacia otro del grupo, como queriendo comunicar su agrado. Pero lo que quería decir era que, a pesar de su edad, a pesar de su celebridad, nadie conocía su voz. En el coche que les llevaba de vuelta dijo de repente, sin dirigirse a nadie en particular:

—No tengo voz.

—No me extraña —dijo el duque—. Con este maldito calor. Es la garganta, ¿no?

Fue una noche de bochorno y, algo inusual en la reina, se despertó desvelada antes del amanecer.

Al ver la luz encendida, el policía de guardia en el jardín encendió el móvil, a modo de precaución.

La reina había estado leyendo un texto sobre las hermanas Brontë y la infancia tan dura que habían tenido, pero no le pareció que así conciliaría el sueño y, buscando otra cosa, vio en un rincón de la estantería el libro de Ivy Compton-Burnett que se había llevado prestado de la biblioteca ambulante y que el señor Hutchings le había regalado hacía un montón de tiempo. Era un libro duro de roer y recordaba que casi se había quedado dormida, de modo que quizá ahora surtiera el mismo efecto.

Ni por asomo: la novela que había encontrado lenta ahora le parecía de un dinamismo refrescante, seca aún pero de un modo cáustico, y la tranquilizó que el tono sensato de Dame Ivy se asemejara al suyo propio. Y se le ocurrió la idea (que anotó al día siguiente) de que leer era, entre otras cosas, un músculo que ella, al parecer, había desarrollado. Leyó la novela con gran placer y sin tropiezos, riéndose de observaciones que apenas pretendían ser jocosas y en las que no había reparado antes. Y a través de todo el texto oía la voz de Ivy Compton-Burnett, nada sentimental, severa y juiciosa. Oía su voz tan claramente como horas antes, aquella noche, había oído la de Mozart. Cerró el libro. Y repitió en voz alta: «No tengo voz.»

Y en algún lugar del oeste de Londres, donde estas cosas se graban, una mecanógrafa inexpresiva que las transcribía pensó que era un comentario extraño y dijo, como respondiendo: «Pues si tú no la tienes, querida, no sé quién la tendrá.»

En Buckingham Palace, la reina esperó un poco y apagó la luz, y debajo del catalpa del jardín el policía vio apagarse la luz y apagó el móvil.

En la oscuridad, la reina pensó que, muerta, sólo existiría en el recuerdo de la gente. Ella, que nunca había estado sometida a nadie, sería igual que todo el mundo. Leer no cambiaba esto; escribir quizá lo hiciera.

Si le hubieran preguntado si la lectura había enriquecido su vida habría contestado que sí, sin duda alguna, aunque habría añadido con la misma certeza que al mismo tiempo la había vaciado de toda finalidad. En otra época era una mujer resuelta y segura de sí misma, que sabía cuál era su deber y tenía intención de cumplirlo todo el tiempo que pudiera. Ahora muchísimas veces estaba dubitativa. Leer no era actuar, eso era lo malo. Y a pesar de su edad era una mujer activa.

Volvió a encender la luz, tomó su libreta y escribió: «No pones la vida en los libros. La encuentras en ellos.»

Y se quedó dormida.

Las semanas que siguieron se notó que la reina leía menos, si leía. Estaba meditabunda y hasta abstraída, pero no porque estuviese concentrada en lo que leía. Ya no llevaba un libro dondequiera que fuese, y las pilas que se habían acumulado en su escritorio fueron devueltas a las bibliotecas y repuestas en los anaqueles o se dispersaron de alguna otra manera.

Pero, leyese o no, seguía pasando largas horas sentada a su mesa, a veces mirando sus libretas y en ocasiones escribiendo en ellas, aun cuando sabía, sin confesárselo del todo a sí misma, que sus escritos serían aún más impopulares que sus lecturas, y si alguien llamaba a la puerta se apresuraba a guardarlos en el cajón del escritorio antes de decir: «Adelante.»

Descubrió, sin embargo, que cuando había escrito algo, aunque sólo fuese una anotación en su libreta, estaba tan feliz como lo era antaño leyendo. Y otra vez cayó en la cuenta de que no quería ser una simple lectora. Un lector era casi lo mismo que un espectador, mientras que cuando escribía, actuaba, y actuar era su deber.

Entretanto pasaba mucho tiempo en la biblioteca, sobre todo en la de Windsor, repasando sus agendas de trabajo, los álbumes de sus innumerables visitas, sus archivos, de hecho.

—¿Su Majestad está buscando algo específico? —preguntó el bibliotecario, después de haberle llevado otra pila de documentos.

—No —dijo la reina—. Sólo intento recordar cómo era. Aunque tampoco estoy segura de *qué* era.

—Pues si Su Majestad se acuerda, espero que me lo diga. O, mejor aún, señora, escríbalo. Su Majestad es un archivo viviente.

Si bien pensó que podría haberlo expresado con más tacto, sabía lo que había querido decir y reflexionó también que alguien más le estaba instando a escribir. Casi se estaba convirtiendo en una obligación, y siempre había sido muy buena para cumplirlas; es decir, hasta que empezó a leer. No obstante, que te exhorten a escribir y que te inciten a publicar son dos cosas distintas, y nadie hasta ahora la había empujado a hacer esto último.

Sir Kevin y palacio en general vieron con agrado que los libros desaparecían de su mesa y que de nuevo podían contar con algo cercano a la plena atención de la reina. Cierto es que la puntualidad no mejoró y que su vestuario seguía siendo un tanto díscolo («He proscrito ese cárdigan», dijo su sirvienta). Pero Sir Kevin compartía la impresión general de que a pesar de estas persistentes deficiencias Su Majestad se había desenamorado de los libros y volvía a ser la de antes.

Aquel otoño pasó unos días en Sandringham, porque estaba prevista una visita

real a Norwich. Hubo un oficio en la catedral, un paseo por la zona peatonal y, antes del almuerzo en la universidad, inauguró un parque de bomberos.

Sentada entre el rector y el profesor de escritura creativa, se mostró ligeramente sorprendida cuando por encima de su hombro una muñeca huesuda y una mano roja que le resultaban muy conocidas le ofrecieron un cóctel de gambas.

—Hola, Norman —dijo.

—Majestad —dijo Norman, formalmente, y sin pararse ofreció también un cóctel al representante de la Corona, antes de seguir su recorrido por la mesa.

—¿Así que Su Majestad conoce a Seakins? —dijo el profesor de escritura creativa.

—Le conocía —respondió la reina, un poco entristecida de que Norman, al parecer, no hubiese prosperado nada en el mundo y trabajase de nuevo en una cocina, aunque no la de palacio.

—Pensamos —dijo el rector— que a los estudiantes les encantaría servir la comida. Se les pagará, por supuesto, y para ellos es una experiencia.

—Seakins promete mucho —dijo el profesor—. Se acaba de licenciar y es uno de nuestros éxitos.

A la reina le disgustó un poco que a pesar de la radiante sonrisa que ella le había esbozado, Norman, al servirle el *boeuf en croûte*, pareciera decidido a no mirarla a los ojos, al igual que al servir las *poires belle Hélene*. Y comprendió que por alguna razón él estaba de morros con ella, conducta con la que rara vez se había topado, excepto en el caso de niños y de algún que otro ministro del gobierno. Los súbditos casi nunca ponían mala cara a la reina, porque no estaban autorizados a hacerlo, y otrora les hubiesen encerrado en la Torre de Londres.

Pero también dio en pensar que unos años antes no se hubiese fijado en lo que hacía Norman, o cualquier otra persona, y que si ahora se fijaba era porque conocía mejor los sentimientos ajenos y podía ponerse en el lugar de otro. Aun así, esto no explicaba por qué estaba él tan enfadado.

—Los libros son maravillosos, ¿verdad? —le dijo al rector, que convino en que lo eran—. A riesgo de parecer un filete, nos ablandan —añadió la reina.

Él nuevamente se mostró de acuerdo, aunque sin saber de qué le estaba hablando.

—Me pregunto —dijo ella, dirigiéndose a su otro vecino— si como profesor de escritura creativa admitiría que leer ablanda, mientras que escribir hace lo contrario. Para escribir hay que ser duro, ¿no cree?

Sorprendido al verse interpelado sobre su propia asignatura, el profesor por un momento no supo qué decir. La reina aguardaba. «Dígame», quería decirle, «dígame que tengo razón.» Pero el representante de la Corona se estaba levantando para atenderla y la sala se puso en pie. Nadie iba a decírselo, pensó. Escribir, como leer, era algo que tendría que hacer por su cuenta.

Después mandan a buscar a Norman y la reina, cuyos retrasos eran ya proverbiales pero estaban previstos en el programa, pasa media hora poniéndose al día de su carrera universitaria, empezando por las circunstancias que le habían llevado a East Anglia. Queda acordado que él se presentará en Sandringham al día siguiente, ya que la reina piensa que ahora que él ha empezado a escribir quizá esté en condiciones de volver a ayudarla.

Entre un día y el siguiente, sin embargo, la reina despidió a alguien más: Sir Kevin, al entrar en su despacho, encontró su escritorio despejado.

Aunque el paso de Norman por la universidad había sido provechoso, a Su Majestad no le gustaba que la engañaran, y si bien el verdadero culpable era el consejero especial del primer ministro, pagó el pato Sir Kevin. En otro tiempo le habría costado la cabeza; en la época actual, le costó el regreso a Nueva Zelanda y un nombramiento de embajador. Era el tajo del verdugo, pero un poco más lento.

Con una ligera sorpresa por su parte, la reina cumplió ochenta años. No era un cumpleaños que pasara inadvertido y se organizaron diversas celebraciones, algunas más del gusto de Su Majestad que otras, pues sus consejeros tendían a considerar que el aniversario era únicamente otra oportunidad de congraciarse a la monarquía con los ciudadanos siempre veleidosos.

No fue de extrañar, por tanto, que la reina decidiera dar una fiesta por su cuenta y reunir a todos aquellos que a lo largo de los años habían tenido el privilegio de asesorarla. Fue, en efecto, una fiesta para el Consejo de la Corona, cuyos miembros son vitalicios, lo que lo convierte en un organismo amplio y rígido que muy pocas veces se reúne completo, y sólo en ocasiones de cierta gravedad. Pero, en opinión de la reina, nada impedía juntarlos a todos para tomar el té, un té sustancioso, además, con jamón, lengua, mostaza, berro, bollitos, pastel y hasta el típico bizcocho al jerez, con crema y frutas. Le pareció mucho mejor que una cena, y más íntimo.

A nadie se le pidió que se vistiera de gala, aunque la reina estaba tan acicalada e impoluta como en los viejos tiempos. Pero qué cantidad de consejos había recibido a lo largo de los años, pensó, al observar la concurrida habitación; eran tantos los que se los habían ofrecido que sólo cabían en una de las habitaciones más espaciales de palacio, con el té suntuoso puesto en dos salones contiguos. Se movió contenta entre sus invitados, sin el apoyo de ningún otro miembro de la familia real, que no habían sido convocados, a pesar de que muchos de ellos eran consejeros privados.

—A ellos les veo bastante —dijo ella—, pero a ustedes nunca, y exceptuando cuando me muera no es probable que haya otra ocasión de que se vean. Prueben el bizcocho. Está riquísimo.

Pocas veces había estado tan alegre.

La perspectiva de un té como es debido había congregado a un mayor número de consejeros de los que habían previsto: una cena habría sido una lata, y un té, por el

contrario, era una delicia. El resultado, por tanto, fue que escasearon las sillas, y la servidumbre se las vio y las deseó para que todo el mundo tuviera un asiento, aunque este ajeteo contribuyó a la diversión. Algunos se sentaron en las habituales sillas doradas, pero otros se vieron acomodados en una *bérgere* Luis XV, de un valor incalculable, o una silla con monograma traída del vestíbulo, y un ex presidente de la Cámara de los Lores acabó sentado sobre un pequeño taburete con el asiento recubierto de corcho que procedía del cuarto de baño.

La reina supervisó plácidamente todo aquel trajín no desde un trono pero sí, desde luego, desde una silla más grande que la de todos los demás. Se había llevado el té y lo tomaba a sorbos, charlando, hasta que todos se pusieron cómodos.

—Sé que he sido bien aconsejada durante muchos años, pero no sabía que por tanta gente. ¡Qué multitud!

—¿No cree, señora, que deberíamos cantar «Cumpleaños feliz»? —dijo el primer ministro, que naturalmente estaba sentado en la primera fila.

—No exageremos —dijo Su Majestad—. Es verdad que cumplo ochenta años y que esto es una especie de fiesta de cumpleaños. Pero no sé muy bien qué debemos celebrar. Supongo que una de las pocas cosas que podemos decir es que hemos llegado a una edad en la que podemos morirnos sin que nadie se sorprenda.

Hubo una sonrisa educada al oír esto, y también sonrió la reina.

—Creo que convendrían más gritos de «¡No, no!».

Así que alguien la complació y hubo más risas desenfadas mientras los más insignes ciudadanos saboreaban el júbilo de que les tomara el pelo la ciudadana más eminente.

—Como todos ustedes saben, hemos tenido un largo reinado. En más de cincuenta años hemos visto desfilar, y no digo hemos despedido —(risas)— a nueve primeros ministros, seis arzobispos de Canterbury, ocho presidentes de los Comunes y, aunque quizá no la consideren una estadística comparable, a cincuenta y tres perros corgi: una vida, como dice Lady Bracknell, llena de incidentes.

El auditorio sonrió cómodamente, y hubo alguna que otra risa entre dientes. Era un poco como en la escuela, más bien como en el parvulario.

—Y, por supuesto —dijo la reina—, sigue siéndolo, pues no pasa una semana sin que ocurra algo interesante, un escándalo, un encubrimiento o hasta una guerra. Y puesto que es nuestro cumpleaños ni se les ocurra poner cara de fastidio —(el primer ministro escudriñaba el techo y el ministro de Interior la alfombra)—, porque una tiene una larga perspectiva y siempre ha sido así. A los ochenta las cosas no suceden, se repiten.

»Sin embargo, como quizá algunos de ustedes sepan, nunca me ha gustado despilfarrar. Una leyenda no totalmente imaginaria de mi carácter me describe recorriendo Buckingham Palace para apagar las luces, lo que sería una señal de

tacañería, aunque en estos tiempos podría atribuirse a que soy consciente del calentamiento global. Pero mi aversión al despilfarro me hace pensar en todas las experiencias singulares que he vivido, muchas de las cuales, bien es verdad, constan en acta (conversaciones con jefes de Estado, por ejemplo, consignadas y resumidas), aunque otras muchas no, una vida rica en experiencias en las que una sólo ha sido una espectadora, aunque muy próxima, de los sucesos, la mayoría de los cuales —Su Majestad se dio una palmada en la cabeza impecablemente peinada— están aquí arriba. Y no quisiera que se perdiesen. La pregunta es: ¿qué hacer con ellos?

El primer ministro abrió la boca como para hablar, y de hecho se levantó a medias de su asiento.

—La pregunta era retórica —dijo la reina.

Él volvió a sentarse.

—Como algunos quizá sepan, en los últimos años me he convertido en una voraz lectora. Los libros han enriquecido mi vida de una forma que nunca habría esperado. Pero los libros no lo son todo y creo que es hora de pasar de lectora a escritora, o al menos de intentarlo.

El premier volvió a moverse y la reina, observando que aquello era lo que solía sucederle con los primeros ministros, le cedió gentilmente la palabra.

—Un libro, Majestad. Oh, sí, sí. Recuerdos de su infancia, señora, y de la guerra, el bombardeo de palacio, el tiempo que pasó en la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina.

—El Servicio Territorial Auxiliar —le corrigió la reina.

—Las fuerzas armadas, en suma —prosiguió el premier, a todo trapo—. Después su matrimonio, las dramáticas circunstancias en las que se enteró de que era reina. Causará sensación. Y —se rió— no hay duda de que será un bestseller.

—*El bestseller* —remató el ministro del Interior—. En todo el mundo.

—Sí-í —dijo la reina—, sólo que... —y saboreó el momento— no es exactamente el tipo de libro en que estamos pensando. Al fin y al cabo, todo el mundo puede escribir ese tipo de libros, y se han publicado varios; todos ellos, a mi juicio, mortalmente aburridos. No, pensaba en un libro distinto.

El premier, sin arredrarse, arqueó las cejas con educado interés. Quizá la anciana se refería a un libro de viajes. Se vendían bien.

La reina se acomodó.

—Pensaba en algo más radical —dijo—. Más desafiante.

El primer ministro no se alarmó todavía, pese a que «radical» y «desafiante» eran palabras que se le escapaban a menudo de la lengua.

—¿Alguno de ustedes ha leído a Proust? —preguntó la reina a los presentes.

Alguien sordo susurró «¿Quién?» y se alzaron unas cuantas manos, entre las que no estaban las del primer ministro, viendo lo cual un joven miembro del gabinete que había leído a Proust y estaba a punto de levantar la mano se abstuvo, porque pensó

que no le haría ningún bien declararlo.

La reina contó.

—Ocho, nueve..., diez. —Observó que la mayoría eran reliquias de gobiernos mucho más antiguos—. Bueno, no está mal, aunque apenas me sorprende. Si hubiera hecho esta pregunta al gobierno de Macmillan estoy segura de que se habrían alzado una docena de manos, incluida la suya. Pero no es que sea muy justo, porque en aquella época yo tampoco había leído a Proust.

—Yo he leído a Trollope —dijo un ex ministro de Exteriores.

—Me alegra oírlo —dijo la reina—, pero Trollope no es Proust.

El ministro del Interior, que no había leído a ninguno de los dos, asintió juiciosamente.

—El libro de Proust es largo, pero, si el esquí acuático lo permite, se puede leer entero en las vacaciones de verano. Al final de la novela, Marcel, que es el narrador, repasa una vida que en realidad no ha sido muy fructífera y decide redimirla escribiendo la novela que de hecho acabamos de leer, y de paso desentraña algunos de los secretos de la memoria y el recuerdo.

»Ahora bien, mi vida, a diferencia de la de Marcel, aunque lo diga yo misma, ha sido muy provechosa, pero a semejanza de él siento que, no obstante, la reflexión y el análisis deben redimirla.

—¿Análisis? —dijo el primer ministro.

—Y reflexión —dijo la reina.

Al ministro del Interior se le había ocurrido un chiste que sabía que sería festejado en la Cámara de los Comunes y se aventuró a decirlo allí.

—¿Debemos presumir que Su Majestad ha decidido escribir esa crónica gracias a algo que leyó en un libro, y un libro francés, por cierto? Ja, ja.

Hubo unas pocas risitas, pero la reina no pareció darse cuenta de que el ministro acababa de hacer un chiste (en efecto, dejaba mucho que desear).

—No, señor ministro —dijo—. Además los libros, como sin duda sabe, no suelen inducir a la acción. Los libros, por lo general, sólo nos confirman lo que, quizá involuntariamente, ya hemos decidido hacer. Leemos un libro para que nos confirme nuestras convicciones. Un libro, por así decirlo, cierra el libro.

Algunos consejeros que llevaban mucho tiempo fuera del gobierno pensaron que aquella no era la mujer a la que recordaban haber servido, y en consecuencia la miraban fascinados. Pero la mayoría de los invitados guardaban un silencio incómodo, porque pocos sabían de qué hablaba. Y ella lo sabía.

—Están desconcertados —dijo, impertérrita—, pero les prometo que lo saben, en su fuero interno.

De nuevo estaban en el parvulario y ella era la maestra.

—Buscar las pruebas de algo sobre lo que ya hemos tomado una decisión es la

premisa no reconocida de toda investigación pública, ¿verdad?

El ministro joven se rió y luego se arrepintió de haberlo hecho. El primer ministro no se estaba riendo. Si aquél iba a ser el tono de lo que la reina proyectaba escribir, no había duda de lo que iba a decir.

—Sigo creyendo que sería mejor que sólo contase su historia, señora —dijo, débilmente.

—No —dijo ella—. No me interesa el recuerdo superficial. Será algo más meditado, espero. Aunque cuando digo meditado no quiero decir considerado. Es broma.

Nadie se rió y la sonrisa en la cara del primer ministro se había vuelto espectral.

—Quién sabe —dijo la reina, alegremente—, quizá desemboque en literatura.

—Yo habría pensado —dijo el premier— que Su Majestad estaba por encima de la literatura.

—¿Por encima? —dijo ella—. ¿Quién está por encima de la literatura? Es como si dijera que estoy por encima de la humanidad. Pero, como digo, mi propósito no es primordialmente literario: análisis y reflexión. Están esos diez primeros ministros. —Esbozó una alegre sonrisa—. Hay mucho que reflexionar ahí. He visto a este país ir a la guerra más veces de las que quiero recordar. Eso también merece reflexión.

Seguía sonriendo, aunque si alguien la imitó, fueron los más viejos, que eran los que menos tenían que perder.

—He conocido y recibido la visita de muchos jefes de Estado, algunos de ellos granujas y canallas redomados, y sus mujeres no eran mucho mejores.

Esto, al menos, suscitó algunas muecas compungidas.

—He dado la mano en un guante blanco a manos que estaban manchadas de sangre, y conversado educadamente con hombres que han asesinado personalmente a niños. He caminado entre excrementos y sangre, y he pensado a menudo que para ser reina el único equipamiento imprescindible es un par de botas que lleguen hasta los muslos.

»A instancia de mis diversos gobiernos, me he visto obligada a participar, aunque sólo fuera pasivamente, en decisiones que considero desacertadas y con frecuencia vergonzosas. Me he sentido a veces como una vela aromática, enviada para perfumar a un régimen, un desodorante gubernamental.

»Soy la reina de Inglaterra, pero ha habido muchas ocasiones en los últimos cincuenta años en que me han hecho avergonzarme de serlo. Sin embargo —y aquí se levantó—, no debemos perder nuestro sentido de las prioridades y como esto es una fiesta, al fin y al cabo, ¿qué tal si antes de que yo continúe tomamos un poco de champán?

El champán era magnífico pero, al ver que uno de los pajes que lo servían era Norman, el primer ministro perdió las ganas de probarlo y se deslizó por el pasillo

hasta el cuarto de baño, desde donde llamó por el móvil al ministro de Justicia. El abogado hizo todo lo que pudo para tranquilizarle y, reconfortado por su asesoramiento jurídico, el premier difundió el mensaje entre los miembros de su gabinete, y de este modo, cuando Su Majestad volvió a la habitación, el grupo que la aguardaba era más coriáceo.

—Hemos hablado de lo que nos ha dicho, señora —empezó el primer ministro.

—Cada cosa en su momento —dijo la reina—. No hemos terminado todavía. No quisiera que piensen que lo que proyecto escribir y que de hecho ya he empezado a redactar es alguna de esas tonterías vulgares y reveladoras que adoran los tabloides sobre la vida en palacio. No. Nunca he escrito un libro, pero espero —hizo una pausa— que trascienda mis propias circunstancias y que se sostenga solo. Espero que sea una historia tangencial de su época y, quizá les tranquilice saber, que no hable exclusivamente de política o de los sucesos de mi vida. También me gustaría hablar de libros y de personas. Pero no de chismes. No me gustan los chismes. Un libro indirecto. Creo que fue E. M. Forster el que dijo: «Di la verdad, pero dila sesgada. El éxito reside en el rodeo.» ¿O fue Emily Dickinson? —preguntó al auditorio.

No le sorprendió que nadie contestara.

—Pero no hay que hablar de escribir porque entonces no se escribe nunca.

Al primer ministro no le consoló pensar que casi todos los que afirmaban que querían escribir un libro no lo escribían nunca, porque el tremendo sentido del deber de la reina garantizaba que ella sí lo escribiría.

—Y ahora, primer ministro —se volvió alegremente hacia él—, ¿qué decía?

El premier se levantó.

—Respetables como son sus intenciones, señora —dijo, con un tono informal y amistoso—, creo que tengo que recordarle que ocupa una posición única.

—Casi nunca lo olvido —dijo ella—. Siga.

—Creo que no me equivoco si digo que el monarca nunca ha publicado un libro.

La reina agitó un dedo hacia él, un gesto que en el momento de hacerlo recordó que era peculiar de Noel Coward.

—Eso no es del todo cierto, primer ministro. Mi antecesor Enrique VIII, por ejemplo, escribió un libro. Contra la herejía. Por eso a mí todavía me llaman Defensora de la Fe. También lo hizo mi homónima Isabel I.

El primer ministro estaba a punto de protestar.

—No, ya sabemos que no es lo mismo, pero mi bisabuela, la reina Victoria, también escribió un libro, *Hojas de un diario de Highland*, bastante plomo, por cierto, y tan poco ofensivo que casi es ilegible. No es el modelo que yo quisiera imitar. Y, por supuesto —y aquí la reina miró fijamente al primer ministro—, tenemos a mi tío el duque de Windsor, que escribió su libro, *La historia de un rey*, una crónica de su matrimonio y aventuras ulteriores. Esto, por sí solo, ¿no sirve de

precedente?

Provisto del consejo del ministro de Justicia sobre este punto concreto, el primer ministro sonrió y fingió que le apenaba formular su objeción.

—Sí, señora, pero la diferencia está, sin duda, en que Su Alteza Real escribió el libro como duque de Windsor. Sólo pudo escribirlo porque había abdicado.

—Oh, ¿no lo había dicho? —dijo la reina—. Vaya, ¿por qué creen que les he reunido a todos?

* * *



ALAN BENNETT (Leeds, 1934) es un dramaturgo, actor, novelista y guionista británico, ganador de un Premio Tony por su obra *The History Boys*.

Es autor de muchas y celebradas obras teatrales como *Habeas Corpus*, *Forty One Years On*, *Kafka's Dick* o *The Madness of George III* (adaptada después al cine). También es apreciado su trabajo en la televisión y en el cine. Aun con una dilatada literaria a sus espaldas, sólo comenzó a escribir prosa en la última década.